

Historia de la Revolución cubana



Sergio Guerra
Alejo Maldonado

HISTORIA
DE LA REVOLUCIÓN
CUBANA





EDITORES INDEPENDIENTES

ERA / LOM / TRILCE TXALAPARTA

www.editoresindependientes.com

PRIMERA EDICIÓN DE TXALAPARTA
Marzo de 2009

© DE LA EDICIÓN: Txalaparta
© DEL TEXTO: Sergio Guerra,
Alejandro Maldonado

EDITORIAL TXALAPARTA S.L.L.
Navaz y Vides 1-2
Apartado 78
31300 Tafalla NAJARROA
Tfno. 948 703 934
Fax 948 704 072
txalaparta@txalaparta.com
www.txalaparta.com

DEPÓSITO LEGAL
NA-1252-09

ISBN
978-84-8136-544-3

DISEÑO DE COLECCIÓN Y CUBIERTA
Esteban Montorio

MAQUETACIÓN
Nabarrería.com

IMPRESIÓN
Gráficas Lizarra S.L.
Carretera a Tafalla, km. 1
31132 Villatuerta - Navarra



PRESENTACIÓN PARA UN LIBRO
ATREVIDO Y NOVEDOSO

HACER UNA SÍNTESIS HISTÓRICA DE LA REVOLUCIÓN CUBANA, aún viva y cambiante, es sencillamente un atrevimiento, no solo por el hecho cierto de que el paso del tiempo nos ofrecerá, sin duda, documentos y ángulos hoy desconocidos o poco explorados, sino también porque intentar escribir –y describir– en un libro relativamente corto este proceso político y social, trascendente y polémico, es un reto lleno de riesgos.

Sin embargo, el cubano Sergio Guerra y el mejicano Alejo Maldonado, historiadores y profesores de amplia y probada experiencia, han logrado un resultado más que meritorio. Estamos ante una breve síntesis histórica; sin embargo, esto no atenta contra los elementos fundamentales de información y análisis, sino que por el contrario nos permite conocer y relacionar las etapas, medidas, acontecimientos y personalidades imprescindibles de esta apasionante Revolución, que ha sido una importante protagonista de la historia internacional durante ya cinco décadas.

A la lograda síntesis histórica, le acompaña además una reseña bibliográfica que recoge los más importantes libros escritos sobre este controvertido tema, sin exclusiones de nin-

gún tipo, para que, si ustedes quieren profundizar en algún aspecto o enfoque determinado, tengan una excelente e imprescindible guía a su alcance. Y una cronología actualizada que, además de darnos la oportunidad de entender cómo se relacionan en el tiempo los acontecimientos y los hechos, nos permite completar la información sobre temas que la síntesis histórica deja obligatoriamente fuera o apenas nombra, como pueden ser las relaciones internacionales, las acciones de la contrarrevolución o las políticas sectoriales, entre otros.

Pero hacer una aproximación histórica a la Revolución cubana sin hablar de su presente, y de sus posibles futuros, resulta por el momento casi imposible. Por eso hemos incluido un ensayo, de mi autoría y por lo tanto también de mi responsabilidad, sobre el presente y futuro de la Revolución cubana que, sin caer en la trampa de la política-ficción, tiene como objetivo esencial describirles problemáticas, retos y escenarios que les permitan entender y poder comprender un futuro cercano de tránsitos y cambios en Cuba, ante la certeza de que la generación histórica que hizo y dirigió la Revolución debe dar paso natural a otras generaciones de cubanos que están obligados a reescribir su futuro en medio de un mundo convulso y lleno de retos e interrogantes.

Si al inicio de estas breves líneas les decía que este libro era atrevido, debo terminar afirmando que también es novedoso, pues en él van a encontrar un verdadero mapa que les permitirá orientarse en el complejo mundo de la Revolución cubana, desde su propia historia pasando por lo que de ella se ha escrito hasta los acontecimientos que han ido dándole forma, para terminar con una fotografía de su presente abierto, y aún en proceso de escritura.

JOSE MIGUEL ARRUGAETA
La Habana, octubre del 2008

NOTA INTRODUCTORIA

ESTE TEXTO FUE CONCEBIDO originalmente para una investigación comparada de las tres grandes revoluciones latinoamericanas del siglo XX (México, Cuba y Nicaragua), analizadas desde una misma perspectiva y bajo similares parámetros –entre ellos, antecedentes, causas, fuerzas impulsoras y motrices, la cuestión del poder y la hegemonía, papel de las capas y clases sociales, partidos, figuras y personalidades, formas y métodos de lucha, finalidades y consecuencias en la corta duración, lugar histórico y particularidades, etapas, factores externos, programas, valoración historiográfica y bibliografía–, con el objetivo de distinguir sus principales elementos y clarificar alcances y resultados, así como proporcionar una adecuada síntesis histórica que resalte los componentes y las fases más importantes. La propuesta surgió como resultado de un proyecto de investigación patrocinado por la Universidad del Norte, de Barranquilla (Colombia), y Colciencias, dirigido por el doctor Roberto González Arana, responsable del diseño general y de la parte dedicada a la Revolución Sandinista.¹ El

1.- Véase Alejo Maldonado Gallardo, Sergio Guerra Vilaboy y Roberto González Arana: *Revoluciones latinoamericanas del siglo XX. Síntesis histórica y análisis historiográfico*, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, México, 2006.

trabajo referido a la Revolución cubana –como también el de la Revolución Mexicana– fue elaborado por el que suscribe en colaboración con el colega de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo y entrañable amigo, doctor Alejo Maldonado Gallardo.

La publicación de la parte correspondiente a Cuba de esa investigación en forma de libro independiente tiene como propósito poner en circulación una visión global resumida del desarrollo y etapas de la Revolución cubana desde sus orígenes hasta hoy. Intentar en pocas páginas un recuento de la rica y compleja experiencia histórica de Cuba a lo largo de más de medio siglo resulta sin duda un gran reto, que emprendimos conscientes de la urgencia de contar, tanto para la enseñanza como para la divulgación, con una breve descripción de la Revolución cubana, especialmente útil fuera de la isla, donde se desconocen, han sido tergiversados o distorsionados muchos de los acontecimientos y problemáticas de este singular proceso revolucionario de nuestra América.

Para mí en particular, la confección de esta *Historia de la Revolución cubana* me ha sido especialmente difícil, pues asumo como propias las palabras del eminente historiador marxista inglés Eric Hobsbawm cuando señaló que nadie puede escribir sobre su época «como escribiría sobre la de cualquier otro período, aunque solo sea porque nadie puede escribir sobre su propio período vital como puede (y debe) hacerlo sobre cualquier otro que conoce desde fuera, de segunda o tercera mano, ya sea a partir de fuentes del período o de los trabajos de historiadores posteriores. Mi vida coincide con la mayor parte de la época que se estudia en este libro y durante la mayor parte de ella, desde mis primeros años de adolescencia hasta el presente, he tenido conciencia de los asuntos públicos, es decir, he acumulado puntos de vista y prejuicios en mi condición de contemporáneo más que de estudioso».²

2.- Eric Hobsbawm: *Historia del Siglo XX*, Grijalbo Mondadori, Buenos Aires, 1998, t. I, p. 7.

El triunfo revolucionario en Cuba, mediante una genuina guerra popular de liberación dirigida por el comandante Fidel Castro, constituyó un viraje decisivo en la historia republicana de la isla. El profundo alcance social de la Revolución cubana le permitió sobrepasar, en medio del permanente acoso norteamericano, las metas antidictatoriales y democráticas –junto a la plena recuperación de la soberanía nacional– para erradicar de raíz la explotación del hombre por el hombre y construir una sociedad más justa y equitativa. De esta manera, la Revolución cubana transitó radical y muy rápidamente de lo que pudiera llamarse su etapa democrático-popular, agraria y antiimperialista, a la socialista (1961), en pleno corazón del continente y a solo 90 millas de la potencia más poderosa del planeta.

En buena medida, la consolidación de la revolución en la Mayor de las Antillas fue posible no solo por la valentía del pueblo cubano y la habilidad de sus dirigentes históricos, sino también por el cambio ocurrido en la correlación internacional de fuerzas que, desde la segunda mitad de los años cincuenta, tuvo lugar con el fortalecimiento de la Unión Soviética (URSS) y el campo socialista, el incremento de las luchas anticolonialistas en Asia y África, así como por el aumento de las contradicciones entre los países capitalistas desarrollados.

Sin duda, la Revolución cubana abrió también una nueva etapa en la historia de América Latina, que se ha caracterizado por el desarrollo del movimiento de liberación nacional y los desafíos a la hegemonía de Estados Unidos y la globalización neoliberal. A partir de 1959, se inició una época de gran efervescencia social y política en todo el continente, dominada por significativos combates revolucionarios y antiimperialistas, poderosas luchas obreras, el despertar de importantes sectores campesinos e indígenas, la elevación del espíritu combativo de las masas marginales y las amplias movilizaciones estudiantiles. Junto a ello comenzaron a escucharse

desesperados llamamientos de círculos burgueses en reclamo de un nuevo trato por parte de Estados Unidos. La Iglesia tampoco ha estado ajena a estas convulsiones sociales, y en su seno florecieron genuinas corrientes renovadoras que se pronunciaron por las transformaciones y nuevas alternativas (Teología de la Liberación). Lo mismo puede decirse del Ejército, de cuya matriz han salido elementos nacionalistas y revolucionarios que han puesto en solfa la tradicional fidelidad de los cuerpos armados latinoamericanos a sus respectivas oligarquías y a los dictados de Washington, avivados por la crisis de las estructuras del capitalismo dependiente.

La influencia emanada del ejemplo de Cuba desencadenó una oleada de luchas revolucionarias que estremeció al continente desde el río Bravo a la Patagonia, radicalizando a muchas organizaciones populares y antiimperialistas y cuestionando el reformismo y el esclerotizado y corrompido sistema democrático representativo. En los años sesenta se produjeron incluso desprendimientos en varios partidos tradicionales y hasta en el seno de ciertas organizaciones de izquierda. Así surgieron nuevos movimientos revolucionarios y se revitalizaron otros que protagonizaron muchos de los acontecimientos que han sacudido al hemisferio.

El eco de la Revolución cubana también se hizo sentir en una extraordinaria renovación de la cultura y las ciencias sociales latinoamericanas. Ejemplos de ello fueron el *boom* registrado por la novela del realismo mágico, en la cual se inscriben, entre otros, autores como Gabriel García Márquez, Alejo Carpentier, Carlos Fuentes, Augusto Roa Bastos y Julio Cortázar; la popularidad alcanzada por las nuevas canciones, con letras y ritmos que han expresado la más auténtica identidad de todo un continente estremecido por las luchas revolucionarias, como las de Atahualpa Yupanqui, Mercedes Sosa, Víctor Jara, Chico Buarque y la llamada nueva trova cubana, junto a una completa renovación de la cinematografía plasmada en películas de impronta social como las de Miguel

Litín, Arturo Ripstein, Tomás Gutiérrez Alea, Jorge Sanjinés y otros muchos talentosos directores. Al mismo tiempo surgía la teoría de la dependencia a partir de los trabajos de Theotnio Dos Santos, Helio Jaguaribe y Fernando Henrique Cardoso, por solo mencionar algunos de sus exponentes más conocidos, que abrió una rica discusión sobre los orígenes del subdesarrollo y contradujo ciertas conclusiones sociológicas –dualismo estructural, todas las variantes del funcionalismo y el desarrollismo– sobre la evolución latinoamericana, así como las que procedían del viejo marxismo estalinista.

Como telón de fondo de este pujante despertar provocado por la Revolución cubana en la conciencia revolucionaria y antiimperialista de los pueblos latinoamericanos, se halla el continuo agravamiento de la crisis económica, que ha llevado al continente a un verdadero atolladero. Al incesante deterioro de los términos de intercambio y al drenaje de recursos provocado por las constantes remesas de utilidades del capital extranjero, se suman los intereses y amortizaciones de una deuda externa siempre creciente, lo que unido a las políticas neoliberales explican los graves problemas que aquejan a los países de América Latina.

Ante la consolidación del socialismo en Cuba y su sostenido impacto continental, Estados Unidos no solo ha redoblado en años recientes su hostilidad hacia la isla –de lo que ofrecen ejemplo la ley Helms-Burton y las últimas medidas adoptadas por el presidente George W. Bush–, sino también desencadenado todo tipo de injerencias, presiones e intervenciones para impedir los cambios revolucionarios en este hemisferio. Los casos de República Dominicana, Chile, Granada, Nicaragua y las últimas revelaciones de la participación norteamericana en los planes para derrocar al Gobierno popular de Hugo Chávez y la República Bolivariana en Venezuela son buena prueba de ello.

La importancia de contar con una *Historia de la Revolución cubana* que exponga las líneas principales de su evolu-

ción, destacando las características de un proceso revolucionario que se ha mantenido firme y en ascenso durante más de medio siglo, generando un imaginario de justicia, libertad e igualdad que desde entonces nutre las esperanzas y aspiraciones de varias generaciones sucesivas de latinoamericanos, está fuera de toda duda. Es desde esta perspectiva, y siguiendo los parámetros comparativos a que nos obligaba el estudio sobre México, Cuba y Nicaragua al que hicimos referencia al comienzo, que asumimos la tarea de intentar explicar la trayectoria y dinámicas de la Revolución cubana, con sus avances, reveses y virajes tácticos, que siempre han tenido como norte la defensa de los intereses populares y la soberanía nacional y han contado con el respaldo mayoritario de su población. Lamentablemente muchos temas han tenido que ser omitidos o soslayados en este texto –como la política exterior, la solidaridad internacionalista, la cultura y la vida cotidiana–, pero pueden ser complementados o profundizados a partir de otras obras e investigaciones.

Por último, queremos señalar que la primera edición de este libro se realizó en Ecuador por Ediciones La Tierra (2005), gracias a la gestión del Mtr. Germán Rodas, profesor de la Universidad Andina Simón Bolívar. Con posterioridad, la obra fue premiada por la Universidad de La Habana en el balance de sus resultados científicos e investigativos en el 2005, al considerarla el mejor libro publicado en Ciencias Sociales por un autor de esta alta casa de estudios. Posteriormente, esta *Historia de la Revolución cubana* fue impresa en Venezuela, debido al interés y esfuerzo del compañero Raúl Cazal y la editorial Comala.com. Esperamos que la nueva edición de esta obra, por la editorial vasca Txalaparta, en una versión actualizada, contribuya a una mejor comprensión de la historia del proceso revolucionario cubano.

SERGIO GUERRA VILABOY

La Habana, otoño de 2008, año 50 de la Revolución.

«La historia de las revoluciones tiene una gran parte subterránea, no sale a la luz pública. Las revoluciones no son movimientos absolutamente puros; están realizadas por hombres y se gestan en medio de luchas intestinas, de ambiciones, de desconocimientos mutuos. Y todo esto cuando se va superando, se convierte en una etapa de la historia, que bien o mal, con razón o sin ella, se va silenciando y desaparece»

ERNESTO CHE GUEVARA

ANTECEDENTES Y CAUSAS

LAS RAÍCES DE LA REVOLUCIÓN CUBANA que triunfó el primero de enero de 1959 se extienden hasta el proceso de frustración de la independencia de la isla ocurrido a fines del siglo XIX. Como en el resto de Hispanoamérica, los primeros movimientos anticolonialistas se vertebraron en el período de 1808 a 1826, cuando no se alcanzó la emancipación de Cuba por una confluencia de factores adversos, entre ellos, el auge que entonces experimentaba la plantación azucarera de base esclavista y la oposición de Estados Unidos, que aspiraba a heredar de España su dominio sobre la Mayor de las Antillas. A ello hay que añadir que la oligarquía cubana, beneficiada con oportunas concesiones económicas por parte de la monarquía borbónica, temía una repetición de los sucesos de 1791 en Haití.

Por eso la guerra de independencia de Cuba solo estalló el 10 de octubre de 1868, encabezada por un hacendado de la región oriental, Carlos Manuel de Céspedes. Luego de diez años de tenaz contienda y del receso impuesto por el Pacto del Zanjón (1878), la lucha se reanudó el 24 de febrero de 1895 bajo la dirección de José Martí, Antonio Maceo y Máxi-

mo Gómez. Cuando la victoria de los patriotas cubanos era ya prácticamente inevitable, a pesar de la caída en combate de sus principales figuras (Martí, Maceo), los Estados Unidos declararon la guerra a España e intervinieron en el conflicto, lo que le permitió ocupar militarmente la isla de 1899 a 1902.

En esas circunstancias, y bajo una constante presión popular, una convención nacional reunida en La Habana aprobó la Constitución de 1901. Pero esta carta fundamental estableció una república castrada en el disfrute pleno de su soberanía por la Enmienda Platt –en vigor hasta mayo de 1934–, impuesta por el Congreso norteamericano como condición para dar acceso a los cubanos al gobierno de su propio país. Mediante este apéndice a la Constitución de 1901, Estados Unidos se arrogó el derecho de intervenir militarmente en la isla –lo que ocurrió por segunda vez de 1906 a 1909– y retener una estratégica porción del territorio nacional para establecer una base militar (Guantánamo) que aún ocupa, abriendo el proceso de subordinación de la isla a los intereses norteamericanos. Con razón el historiador chileno Fernando Mires ha advertido que:

La Revolución cubana se dio en los términos de la más estricta continuidad con la historia del país, lo que dista de ser un factor secundario pues Cuba es quizás el único país de América Latina en donde la emancipación respecto a España pudo vincularse con las luchas sociales del siglo XX.³

Desde principios del siglo XX, el capital norteamericano, aprovechando las facilidades dadas primero por los gobiernos interventores de Estados Unidos y, después, por los sucesivos presidentes republicanos, invadió los principales sectores de la economía cubana. Así, las inversiones norteamericanas en Cuba, que en 1896 apenas ascendían a 50 millones de dólares,

3.- Fernando Mires: *La rebelión permanente. Las revoluciones sociales en América Latina*, Siglo XXI, México, 2001, p. 280.

se elevaron a 160 millones en 1906, a 205 millones en 1911 y a 1.200 millones en 1923, año en que ya controlaban más del 70% de la producción azucarera, principal renglón de la economía nacional.⁴

La penetración económica de Estados Unidos fue favorecida –tras la crisis de 1920-1921, que arruinó a una parte importante de la burguesía cubana– por los regímenes corruptos instalados en el país hasta 1959, los cuales facilitaron que las mejores tierras, fábricas, bancos, minas, medios de transporte y de comunicaciones, así como otras instalaciones de infraestructura, quedaran en manos norteamericanas. De este modo, entre 1902 y 1958, la economía de la isla se caracterizó por un crecimiento significativo pero deforme, así como por su absoluta dependencia de los intereses de Estados Unidos, país con el que se realizaba la mayor parte del comercio.

El dominio norteamericano

El capital estadounidense, que en los cincuenta se incrementó en 250 millones de dólares más, para llegar a una cifra superior a mil millones de dólares en 1958, dominaba en ese año el 90% de los servicios de teléfonos y electricidad, el 50 de los ferrocarriles, el 23 de las industrias y el 40 de la producción de azúcar, mientras las sucursales cubanas de bancos de Estados Unidos controlaban el 25% de todos los depósitos bancarios.⁵

4.- Cfr. Julio Le Riverend: *La República. Dependencia y Revolución*, La Habana, Editora Universitaria, 1966, pp. 63-74, 149-164 y 339-354; y José Luis Rodríguez: *Estrategia del desarrollo económico en Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990, p. 4.

5.- Véase el valor de las inversiones norteamericanas en Cuba, entre 1936 y 1958, en una tabla confeccionada con datos del Departamento de Comercio de Estados Unidos, en Germán Sánchez Otero: «La crisis del sistema neocolonial en Cuba: 1934-1952», *Los partidos políticos burgueses en Cuba neocolonial 1899-1952*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1985, p. 173.

«De hecho, la inversión directa norteamericana en Cuba, que había disminuido durante la depresión, aumentó ininterrumpidamente después de la Segunda Guerra mundial, alcanzando una cifra máxima de mil millones de dólares (386 en servicios, 270 millones en petróleo y minas, 265 millones en agricultura y 80 millones en manufacturas) en 1958».⁶ Ese significativo aumento del capital estadounidense estuvo dirigido, en lo fundamental, a los servicios públicos, al combustible y las manufacturas, retrocediendo en el deprimido sector del azúcar, pues 26 fábricas de ese producto fueron vendidas a capitalistas cubanos entre 1936 y 1958.

Sin embargo, los estadounidenses mantuvieron bajo su control el 38,4% de la capacidad de molienda diaria de esa industria, siguieron empleando el 39,6% de la fuerza de trabajo y continuaron disponiendo del 51,6% de todas las tierras dedicadas al cultivo de la caña de azúcar.⁷ Según Nita Rous:

El peso extraordinario de la inversión norteamericana en la economía cubana fue mayor que el ejercido en cualquier otra parte del mundo. En sus manifestaciones más obvias, la influencia norteamericana en la sociedad cubana podría advertirse fácilmente en los cines, en el amplio uso de las técnicas publicitarias típicamente norteamericanas, en la venta de coca-colas y de cadillacs, en la pasión cubana por el béisbol y otras cosas por el estilo. En La Habana, sobre todo, la influencia de la cultura norteamericana –reforzada por 200.000 turistas norteamericanos que anualmente dejaban su huella en el estilo de vida de la ciudad– era físicamente patente en todas partes.⁸

6.- Frank Moya Pons, Hugh Thomas et al.: *Historia del Caribe*, Crítica, Barcelona, s. f., p. 162.

7.- Ramiro J. Abreu: *En el último año de aquella república*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1984, p. 22.

8.- Nita Rous de Manitzas: «El marco de la revolución», en David Barkin y Nita R. Manitzas (comps.): *Cuba: camino abierto*, Siglo XXI, México, 1978, pp. 28 y 43.

Esto quiere decir que, si bien se hizo palpable el progreso material del país, el desarrollo económico fue unilateral, pues el sector azucarero se hipertrofió –y se estancó desde fines de los años veinte–, sin poder resolver las necesidades vitales del grueso de la población. Para Oscar Zanetti:

De los 17 principales cultivos del país en 1945, 11 se han estancado o retrocedido en 1950. El comportamiento de la agricultura no cañera resulta inestable. Y lo que es peor, evidencia una negativa correlación con la situación del azúcar, contrayéndose cuando aquella atravesaba momentos de auge, para reanimarse durante las situaciones recesivas. Con más de un 60% de su área de cultivo ocupada por la caña. Cuba concluirá la década de los cincuenta a la cabeza de América Latina en la importación de productos alimenticios de Estados Unidos. El monocultivo es una trampa difícil de abandonar.⁹

En 1958 la renta per cápita cubana –que en casi un 40% provenía del azúcar–, que constituía la segunda de América Latina –solo detrás de Venezuela–, estaba prácticamente estancada desde 1947, a diferencia de los demás países de la región.¹⁰ En 1955, cuando la zafra azucarera fue apenas de cinco millones de toneladas de azúcar, Cuba hubiera necesitado una producción de más de siete millones de toneladas de ese producto para mantener el nivel de vida de 1947 y para mejorar un 2% se habrían requerido nueve millones. A ello debe sumarse el constante deterioro de los términos de inter-

9.- Oscar Zanetti: «Cuba: Estancamiento azucarero y diversificación», *Historia y Sociedad*, Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras, 1990, año III, pp. 127-128. Por ejemplo, en 1956 Cuba importaba alimentos por 124 millones de dólares, seguido por Venezuela con 72 millones, México con 69 millones y Brasil con 29 millones. Véase Jorge Ibarra Cuesta: Cuba 1898-1958. *Estructura y procesos sociales*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1995, p. 79.

10.- Moya Pons, *op. cit.*, p. 163.

cambio, pues desde fines de los años veinte los precios de las exportaciones cubanas aumentaron un 66% y el de las importaciones un 85%.¹¹

Situación del campesinado y la clase obrera

El censo agrícola de 1946 mostraba, por otro lado, el grado de concentración de la propiedad rural a que se había llegado en la isla: 114 entidades o personas, o sea menos del 0,1% del número total, eran dueños del 20,1% de la tierra, lo que aumentó hacia 1958 (27%). El 8% del total de las fincas comprendía el 71,1% del suelo, buena parte en manos de compañías norteamericanas como la United Fruit Company y el King's Ranch.¹² Según el mismo censo, cerca del 70% de la población campesina no poseía la tierra que trabajaba. Datos procedentes de otras fuentes señalan que solo el 2% de los ganaderos controlaba 1,7 millones de reses, lo que representaba el 42,4% del total de la masa ganadera del país.¹³ Para completar el cuadro de esta extraordinaria concentración de la riqueza agropecuaria, habría que añadir, como hace Carlos Rafael Rodríguez, otro aspecto:

Existían en el campo cubano numerosos residuos semif feudales. El más ostensible de ellos era la llamada *aparcería*, mediante la cual los campesinos productores estaban obligados a pagar a los propietarios elevadas rentas en especie, que alcanzaban hasta el 50% del producto cosechado.¹⁴

11.- Marifeli Pérez-Stable: *La revolución cubana. Orígenes, desarrollo y legado*, Colibrí, Madrid, 1998, p. 42.

12.- Los datos en Leo Huberman y Paul M. Sweezy: *Cuba, anatomía de una revolución*, Vanguardia Obrera, La Habana, 1961, p. 37.

13.- Francisco López Segrera: *Raíces históricas de la Revolución Cubana (1868-1959)*, Ediciones Unión, La Habana, 1980, pp. 425 y 427.

14.- Carlos Rafael Rodríguez: *Cuba en el tránsito al socialismo, 1959-1963*, Siglo XXI, México, 1978, p. 38.

No obstante la indudable importancia que tenía el sistema de aparcería, el calificativo de «residuos semif feudales» utilizado por Carlos Rafael Rodríguez puede dar una idea equivocada de la verdadera situación económico-social de la isla en los años cincuenta. Cuba era entonces, en el contexto latinoamericano, el país donde probablemente las relaciones capitalistas estaban más extendidas y los elementos feudales menos arraigados, y no existía tampoco una rancia aristocracia.

El notable avance de las relaciones capitalistas, junto a las características uniformes del relieve de la isla, sin grandes accidentes geográficos, facilitó la conformación de una población homogénea, sin minorías étnicas –lo que no excluye la existencia de una palpable discriminación racial–, lingüísticas o culturales. Incluso a cualquier rincón del territorio llegaban las emisoras de radio, pues prácticamente no había un solo sitio intrincado o inaccesible. Todo ello contribuyó a que la sociedad cubana fuera más «moderna» que las restantes de América Latina. Como bien advirtió Richard R. Fagen:

No existían tercas minorías tribales, ni facciones territoriales separatistas, ni islotes de lenguaje, ni problemas raciales paralizadores, ni comunidades indígenas premodernas. Como vivían en una isla en la que no hay grandes extremos climáticos, ni insuperables barreras geográficas, ni problemas de sobrepoblación en el horizonte, los 7 millones de cubanos ofrecían un notable contraste con países como Indonesia o México. La Cuba de Batista exhibía un mayor grado de integración nacional que México después de 50 años de *revolución integrativa*.¹⁵

En contraste con este significativo avance de las relaciones capitalistas que caracterizó a Cuba en los años cincuenta, la clase obrera no era numerosa y estaba poco concentrada

15.- Citado por Nita Rous de Manitzas: «El marco de la revolución», en David Bar-kin y Nita R. Manitzas (comps.), *op. cit.*, pp. 37-38. Todos los subrayados en las citas pertenecen a los originales, salvo que se indique lo contrario.

en industrias. Si se incluye a los trabajadores fabriles del azúcar, el proletariado cubano no llegaba al 25% de la fuerza de trabajo. Además, el 75% de las industrias existentes en 1954 empleaban menos de 10 obreros y solo en 14 fábricas laboraban más de 500 trabajadores.¹⁶

En la misma década las estadísticas sobre desempleo indican que en varios meses del año, cuando recesaba la cosecha azucarera (de mayo a octubre), el número de desocupados alcanzaba a más de 650 mil personas; esto es, la tercera parte de la población cubana económicamente activa, de los cuales 450 mil eran desempleados permanentes.¹⁷ La vida miserable de gran parte de los cubanos queda ilustrada con fría crudeza por los siguientes datos estadísticos. Según el censo de 1953, cuando la población total de la isla se estimaba en 5,8 millones de habitantes, el 33,3% de ella –y el 68,5% de la rural– vivía en bohíos con techo de hojas secas de palma, paredes de tabla o cartón y piso de tierra; solo un 35,2% de las viviendas tenía agua corriente, un 55,6% electricidad y un 28% servicio sanitario interior, situación que era mucho más acentuada fuera de las ciudades y los pueblos.¹⁸

Una encuesta realizada en 1957 por la Agrupación Católica Universitaria revelaba, por otro lado, que el 60% de los habitantes de las zonas rurales –que constituían aproximadamente la mitad de la población de la isla– vivía en rústicos bohíos de una o dos habitaciones, sin servicios sanitarios ni agua corriente. El 90% del campesinado solo se alumbraba con keroseno cuando podía adquirirlo, pues el 30% carecía de cualquier tipo de iluminación nocturna. Solo el 11% de ellos consumía leche, el 4% carne, el 2% huevo, el 1% pescado,

16.- Abreu, *op. cit.*, p. 16. Se ha calculado para los años cincuenta unos 100 mil obreros vinculados a la industria azucarera y unos 400 mil trabajadores industriales. Véase Carlos Rafael Rodríguez, *op. cit.*, p. 39.

17.- Oscar Pino-Santos: *El imperialismo norteamericano en la economía cubana*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973, p. 124.

18.- *Censos de población, viviendas y electoral, s. e.*, La Habana, 1953, pp. 206-213.

siendo su alimentación casi exclusivamente de arroz, frijoles, frutos y raíces comestibles. Un 35% declaraba tener parásitos intestinales y solo el 8% recibía atención médica.¹⁹ El 43% de los campesinos era analfabeto –el censo de 1953 daba para toda la isla un 22,3%– y el 44% nunca había asistido a la escuela.²⁰ A nivel latinoamericano Cuba estaba en el duodécimo lugar en escolaridad de su población entre 5 y 24 años. Solo un 3% de los graduados universitarios eran negros.²¹

Las causas del terrible desamparo de la inmensa población campesina fue valorada a inicios de los años cuarenta por el destacado polígrafo cubano Fernando Ortiz, al comentar sobre los problemas de los productores de tabaco, segundo rubro de la agricultura cubana:

Hasta en el dominio de la tierra, el capitalismo ha ido acaparando las vegas. En la última quincena de años más de 11.200 propietarios vegueros se han visto reducidos a unos 3.000. Los vegueros desaparecen y el guajiro se proletariza, desnutre y languidece en miseria, presa de parásitos intestinales y sociales. El régimen económico del tabaco se va acercando al tradicional del azucarero, uno y otro por igual estrangulados desde lejos y desde cerca por tentáculos impíos.²²

Polarización social y corrupción

Estas difíciles condiciones de vida contrastaban con las grandes construcciones suntuarias de La Habana –ciudad que

19.- La expectativa de vida era de 58,8 años, la tasa de mortalidad infantil de 37,6‰ y la de mortalidad de 6,4‰. En Pérez-Stable, *op. cit.*, p. 64.

20.- Agrupación Católica Universitaria: «Encuesta de trabajadores rurales, 1956-1957», *Revista Economía y Desarrollo*, n^o 12, Universidad de La Habana, La Habana, 1972, pp. 188-212.

21.- Abreu, *op. cit.*, pp. 46-47.

22.- Fernando Ortiz: *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, Universidad Central de Las Villas, La Habana, 1963, p. 68.

concentraba aproximadamente el 25% de la población cubana-, plagada de mansiones, clubes aristocráticos, colegios selectos y clínicas privadas para beneficio de los sectores privilegiados de la sociedad. La tendencia a la polarización social se acentuó en la década de los cincuenta, como demuestra el hecho de que el 80% de todas las construcciones efectuadas en 1957 fueran viviendas de lujo, grandes hoteles y elegantes casinos.²³

Para completar el dramático panorama de la sociedad prerrevolucionaria hay que añadir que la corrupción administrativa se había convertido en práctica normal de los funcionarios públicos. El presupuesto estatal estaba al servicio de los gobiernos de turno para el enriquecimiento personal y el sostenimiento de bandas gansteriles adictas y de la maquinaria política de los partidos en el poder, mientras la miseria, la incultura y la insalubridad se enseñoreaban de toda la isla.

A mediados del decenio de 1940 el idealismo ya había cedido su lugar al cinismo y los cargos públicos ya no ofrecían la oportunidad de mejora colectiva, sino que más bien brindaban la ocasión de enriquecimiento individual. El desfalco, los chanchullos, la corrupción y la utilización dolosa de los cargos públicos saturaron todas las ramas del gobierno, ya fuera nacional, provincial o municipal.²⁴

23.- López Segrera, *op. cit.*, p. 388. En los cincuenta Cuba tenía en América Latina el primer lugar, en relación a su población, en número de televisores, teléfonos, periódicos y automóviles per cápita y también estaba entre los tres primeros países en otros índices (receptores de radio, promedio de consumo alimentario, líneas de ferrocarril, etc.). Véase Louis A. Pérez Jr.: *Cuba and the United States: Ties of singular intimacy*, University of Georgia Press, Atlanta, 1990; y Carlos del Toro: *La alta burguesía cubana*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2003, p. 217.

24.- Moya Pons, *op. cit.*, p. 155. Así, por ejemplo, el ex presidente Ramón Grau San Martín, que había gobernado de 1944 a 1948, fue acusado por la causa 82, levantada por el abogado Pelayo Cuervo, del delito de malversación.

A ello habría que sumar el crecimiento de la prostitución y el juego –por ejemplo, solo en La Habana diariamente las apuestas ilegales llegaban a 266 mil dólares y 32 mil de estos iban a las autoridades sobornadas–,²⁵ con marcada participación de la mafia norteamericana, así como la asfixiante penetración cultural de Estados Unidos a través de los principales medios de difusión masiva, subordinando y mistificando los valores autóctonos. En estas condiciones, cualquier protesta obrera, campesina o estudiantil sufría la más brutal represión gubernamental.

La dictadura

Para agravar estos problemas, el 10 de marzo de 1952 el general Fulgencio Batista, quien había sido una especie de «hombre fuerte» en la isla entre 1933 y 1944 y que gozaba de gran influencia en el Ejército, dio un golpe de estado incruento –al parecer el complot fue gestado inicialmente por un grupo de oficiales jóvenes encabezados por el capitán Jorge García Tuñón–.²⁶ La asonada castrense interrumpió el proceso electoral cuando apenas faltaban tres meses para los comicios presidenciales que se venían celebrando regularmente desde la puesta en vigor de la Constitución de 1940.²⁷

25.- Oleg Darushenkov: *Cuba, el camino de la revolución*, Progreso, Moscú, 1978, p. 44.

26.- Al golpe de estado se opusieron públicamente los coroneles Eduardo Martín Elena y Francisco Álvarez Margolles en las provincias de Matanzas y Oriente respectivamente, los que nada pudieron hacer ante el empuje de los partidarios de Batista dentro del Ejército.

27.- Las encuestas daban amplia mayoría al candidato presidencial del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo) Roberto Agramonte, seguido de Carlos Hevia del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico) y, por último, Batista, postulado por el Partido Acción Unitaria (PAU). Véase Mario Mencía: *El grito del Moncada*, Editora Política, La Habana, 1986, t. I, p. 11.

Esta carta magna, bastante avanzada para su época –uno de sus acápites proscribía el latifundio y otro establecía la prioritaria función social de la propiedad, incluyendo en su texto derechos sociales y laborales–, fue sustituida por el dictador por unos espurios estatutos constitucionales (4 de abril de 1952). «Sin embargo –como ha escrito Mafifeli Pérez Stable–, la Constitución de 1940 se convirtió en el símbolo de las esperanzas más elevadas de la ciudadanía, y su restauración pronto se transformó en el llamado a la unidad de los movimientos de oposición».²⁸ El dictador, además, disolvió el Parlamento, destituyó las autoridades electivas provinciales y municipales que no se sometieron al mando castrense, pospuso las elecciones señaladas para el 1 de junio de 1952 y aumentó en más de una cuarta parte el sueldo de todos los militares, incluidos los soldados.

La llegada al poder de Batista significó un control estatal aún más férreo y antipopular, y abrió una etapa de terror, autoritarismo y entrega sin precedentes a los intereses norteamericanos. El establecimiento de un régimen de esta naturaleza en Cuba estaba no solo relacionado con las ambiciones de una inescrupulosa camarilla militar vinculada a Estados Unidos, sino también al clima macartista y de «guerra fría» que entonces imperaba a escala internacional. Para el historiador australiano Morley, Washington recibió con beneplácito al nuevo Gobierno cubano que:

...ofrecía posibilidades para limitar al movimiento obrero organizado, aumentar el papel del capital extranjero dentro de la economía nacional, fomentar una administración menos corrupta y más eficiente que facilitara la reproducción del capital y obtener una cooperación creciente de Cuba en pro-

28.- Pérez-Stable, *op. cit.*, p. 30.

gramas diseñados para mantener una región estable y segura en el Caribe.²⁹

Desde el punto de vista económico, la dictadura de Batista se inclinó desde el principio a seguir las recomendaciones del Plan Truslow, resultado del informe elaborado por una misión del Banco de Reconstrucción y Fomento que estuvo en Cuba en 1949 encabezada por el banquero Francis Adams Truslow y que el débil y corrupto Gobierno de Carlos Prío Socarras (1948-1952) no se había atrevido a aplicar. Para Darushenko:

Este plan contenía una serie de recomendaciones llamadas a *sanear* la economía cubana. En el plan se ponía el acento sobre la necesidad de promover la iniciativa privada y aumentar las inversiones norteamericanas en la industria. En realidad, como una de las principales medidas en la superación de la crisis crónica de la economía cubana proponía un cambio en la legislación laboral que permitía el despido libre de los obreros y la reducción de los salarios.³⁰

Ante el deterioro de la situación económica, pues el país entraba nuevamente en una fase crítica después de la efímera bonanza azucarera provocada por la guerra de Corea, el Gobierno de Batista se vio obligado, tras su llegada al poder, a no vender 1,5 millones de toneladas de azúcar, con vistas a facilitar la estabilización del mercado mundial. La caída de

29.- Morris H. Morley: *Imperial State and Revolution. The United States and Cuba, 1952-1986*, Cambridge University Press, Cambridge, 1987, p. 39. Pino Santos ha sostenido la tesis de que el golpe de Batista fue promovido por el grupo Rockefeller –en detrimento del grupo Morgan, que hasta entonces tenía la supremacía en los negocios cubanos–, en combinación con los hermanos John y Allen Dulles, que dominaban el Departamento de Estado y la Agencia Central de Inteligencia (CIA) de Estados Unidos, enfrentados al presidente Carlos Prío por la naciente explotación del níquel cubano. Véase Oscar Pino-Santos: *Cuba: Historia y economía*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1983, pp. 543-548.

30.- Darushenkov, *op. cit.*, pp. 21-22.

los precios de este producto entre 1952 y 1954 –que pasó de 7,41 centavos de dólar a 3,83– precipitó la recesión que padeció la economía de la isla desde el inicio de la dictadura batistiana. Una de las primeras alternativas del régimen para paliarla estuvo relacionada con el proyecto de construir el «Canal Vía Cuba», en contubernio con Estados Unidos (agosto de 1954), que pronto fue descartado ante el rechazo generalizado que despertó en amplios sectores de la población.³¹

El 26 de diciembre de 1955 Cuba fue sacudida por una poderosa huelga de los trabajadores azucareros, encabezada por uno de los dirigentes de ese sindicato, Conrado Bécquer. El movimiento estaba motivado fundamentalmente por la negativa de los grandes propietarios a pagar el diferencial azucarero, una especie de prima al salario que se entregaba desde fines de los años cuarenta cuando los precios del azúcar en el mercado superaban el promedio estimado para el pago de la zafra.³²

Después de 1955 la dictadura de Batista también propugló, bajo la asesoría de Joaquín Martínez Sáenz, una política de crédito estatal e inversiones –más de 500 millones de dólares– que permitieran estimular el mercado interno deprimido por la recesión azucarera, aunque en la práctica sirvió principalmente para el rápido enriquecimiento de ciertos sectores vinculados al Gobierno. Gracias a este respaldo, surgieron monopolios en diversas ramas –transporte aéreo y terrestre, sectores ferretero y del fósforo, textil y otros– controlados directamente por Batista y sus testaferros. Esta política condujo a un virtual agotamiento de los activos monetarios en divisas, que se redujeron de 532 millones de dólares en 1951

31.- Más detalles en Alejandro García: *El canal de occidente*, Centro de Información Científico-Técnico, La Habana, 1972.

32.- Una explicación más pormenorizada en Oscar Zanetti: *Los cautivos de la recíprocidad*, ENPES, La Habana, 1989, p. 175.

a solo 77,4 millones de dólares en 1958, mientras el crecimiento de la economía en el mismo lapso era de solo el 1,4% anual.³³

En realidad sus objetivos eran, como escribiera Carlos Rafael Rodríguez, «de una parte promover gastos en salarios y sueldos que mitigaran los desastrosos efectos de la caída en la producción azucarera y de la otra crear márgenes ilícitos que permitieran a los gobernantes y sus socios de la burguesía empresarial un enriquecimiento fácil y rápido». ³⁴ Esto, unido al notable déficit en la balanza de pagos -179 millones de dólares solo entre 1954 y 1956- obligó al Gobierno a solicitar continuos retiros de parte de sus depósitos en el Fondo Monetario Internacional (FMI).³⁵

El sector de mayor interés para los capitalistas nacionales era entonces el de las edificaciones urbanas, sobre todo en la ciudad de La Habana, donde se invirtieron unos 648 millones de dólares,³⁶ así como en acciones norteamericanas. En 1955 la inversión en bienes raíces superaba los 150 millones de dólares, muchos de ellos situados en el sur de La Florida. Al mismo tiempo, los depósitos bancarios de cubanos en Estados Unidos pasaron, según el propio Informe Truslow, de 37 millones de dólares en 1939 a 260 en 1950.³⁷ Se ha calculado que solo en 1957 los turistas cubanos gastaron 400 millones de dólares en Estados Unidos y que los ex presidentes Carlos Prío y Fulgencio Batista trasladaron a Miami 90 millones y 350 millones de dólares luego de sus respectivas caídas en

33.- Zanetti: «Cuba: Estancamiento...», *op. cit.*, p. 139; y José Luis Rodríguez, *op. cit.*, p. 16.

34.- Carlos Rafael Rodríguez, *op. cit.*, p. 60.

35.- Véase Enrique Collazo Pérez: *Cuba, banca y crédito, 1950-1958*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1989, pp. 39 y ss.

36.- Sánchez Otero, *op. cit.*, p. 193.

37.- *Ibid.*, p. 191.

1952 y 1959.³⁸ La extraordinaria fuga de capitales ha sido estimada para los años cincuenta en más de mil millones de dólares.³⁹

Uno de los negocios más lucrativos estimulados por la dictadura de Batista fue el de los casinos de apuestas, en connivencia con la mafia norteamericana, que aspiraba a transformar el malecón habanero en una gran franja de juego, con la pretensión de superar incluso a Las Vegas. Para ello el propio Meyer Lansky, jefe de la mafia en el sur de Estados Unidos, se entrevistó con Batista y obtuvo licencias gratuitas para abrir casinos a todo inversionista que construyera un hotel de más de un millón de dólares, el cual sería respaldado por otra cantidad equivalente aportada por el Gobierno cubano. Según Alzugaray:

La licencia para operar un casino de juego era de \$25.000 y se debía pagar al fisco solamente \$2.000 mensuales para operarlos. Se eximía de pagar impuestos a los hoteles con casinos y a los casinos por 10 años. Se les permitía importar los productos que vendrían libres de impuestos. Los crupieres y demás *especialistas* recibirían permisos especiales de trabajo por dos años en lugar de seis meses, que era lo que preveía la ley.⁴⁰

Oposición de los partidos tradicionales

A contrapelo de su enorme impopularidad, Batista logró consolidarse en el poder gracias a la complicidad de la burguesía,

38.- Thomas G. Paterson: *Contesting Castro. The United States and the triumph of the Cuban Revolution*, Oxford University Press, Nueva York, 1994, pp. 26 y 38.

39.- Collazo, *op. cit.*, p. 46.

40.- Carlos Alzugaray: *La política de Estados Unidos hacia Cuba durante 1958 y la caída de la dictadura de Batista*, Universidad de La Habana, La Habana, 1997 (Tesis de Maestría), p. 22. Más detalles en Enrique Cirules: *El Imperio de La Habana*, Casa de las Américas, La Habana, 1993.

los terratenientes y otros sectores –entre ellos, la dirigencia de la Confederación de Trabajadores de Cuba (CTC), controlada por un antiguo partidario de Prío y ex trotskista, el catalán Eusebio Mujal– y al abierto apoyo norteamericano, así como por la incapacidad de los partidos y líderes tradicionales de la oposición para vertebrar una resistencia seria.

El Partido Revolucionario Cubano (PRC), conocido como Auténtico, que había estado en el poder hasta el golpe de Batista, se dividió, pues una parte de su dirigencia aceptó de hecho la nueva situación –como el ex presidente Ramón Grau San Martín– y otra adoptó las tácticas del «abstencionismo» o la «insurreccional». Esta última tuvo en Aureliano Sánchez Arango, ex ministro del Gobierno auténtico de Carlos Prío, uno de sus principales exponentes a través de la Acción Armada Auténtica (Triple A), mientras los seguidores más allegados al ex mandatario terminarían por crear la Organización Auténtica (OA) que encabezaría Manuel Antonio, Tony, Varona.

Por su parte, el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo), sin su líder fundador Eduardo Chibás, que se había suicidado en agosto de 1951 al no poder probar la corrupción del ministro de Educación de Prío –el mencionado Sánchez Arango–, también se fragmentó, pues algunos decidieron concurrir a las elecciones de 1954 –convocadas por Batista para legitimar su régimen– encabezados por el rico propietario Federico Fernández Casas, mientras otros, dirigidos por Roberto Agramante y Raúl Chibás, se pronunciaban por el «abstencionismo», sin pactos con otras organizaciones.

Un tercer grupo, liderado por Emilio, Millo, Ochoa y José Pardo Llada, se inclinó a buscar un acuerdo de unidad en contra de Batista. En consecuencia, estos últimos firmaron en Canadá, el 2 de junio de 1953, con los auténticos Prío, Carlos Hevia y Tony Varona, el Pacto de Montreal, que según Darushenko estaba «dirigido formalmente a crear la *unidad patriótica*, no señalaba de hecho ninguna vía concreta de lucha con-

tra la dictadura, sino que por el contrario solo perseguía el restablecimiento de la situación existente antes del 10 de marzo de 1952».41 Al pacto antibatistiano de Montreal también se sumó el vicepresidente derrocado por Batista, Guillermo Alonso Pujol, ex jefe del Partido Republicano.42

En medio de la confusión de sus opositores tradicionales, el 1 de noviembre de 1954 Batista se «eligió» presidente –al adjudicarse una mayoría simple del 40% del electorado que votó– en unos amañados comicios apoyado por una alianza de minúsculos partidos denominada Coalición Progresista Nacional (Partido de Acción Unitaria, Unión Progresista, Partido Liberal y el Partido Unión Radical Demócrata), que lo postuló junto al liberal Rafael Guas Inclán. Para efectuar las elecciones, el dictador aparentó entregar la presidencia a su ministro de Gobernación Andrés Domingo Morales del Castillo.

En esos comicios los principales partidos tradicionales finalmente se negaron a participar –aunque algunos llamaron a la «votación negativa», entre ellos el comunista, denominado desde los años cuarenta Partido Socialista Popular (PSP)– y el único candidato de oposición (Grau) se retiró en víspera de las elecciones por falta de garantías. No obstante, algunos auténticos se mantuvieron en la contienda electoral para obtener puestos parlamentarios, y consiguieron 18 senadores y 16 representantes.43 El 24 de febrero de 1955 Batista reasumió la presidencia, que en realidad nunca había abandonado, y teóricamente restableció la Constitución de 1940, proceso convalidado previamente por Estados Unidos con la

41.- Darushenkov, *op. cit.*, p. 59. La firma de este acuerdo, que rompía con el principio establecido por Eduardo Chibás de no pactar con otros partidos, produjo un cisma entre los ortodoxos.

42.- El documento en Mencia: *El grito del Moncada*, *op. cit.*, t. II, pp. 619-621.

43.- *Ibid.*, p. 91.

visita a La Habana del vicepresidente Richard M. Nixon el día 6 de ese propio mes.

En tales condiciones se agudizaron las pugnas entre los partidos opositores –dejados fuera en los comicios de 1954–, que exigían nuevas elecciones generales. Para buscar una componenda política salió a la palestra la Sociedad de Amigos de la República (SAR), fundada el 28 de abril de 1948 por un grupo de personalidades –entre ellas el general del Ejército Libertador Enrique Loynaz y el escritor Jorge Mañach– y encabezada por un veterano combatiente de la guerra de independencia y experimentado diplomático, el ex coronel Cosme de la Torriente, y el conocido abogado José Miró Cardona. Su objetivo era, en definitiva, evitar una guerra civil, y por eso consideraban necesario conseguir «por medios pacíficos» la realización de nuevas elecciones «para arribar cuanto antes al reordenamiento democrático de las instituciones de la República».44 A esas alturas, como se verá más adelante, ya se habían producido las primeras acciones armadas contra la dictadura.

Los principales dirigentes de los partidos de oposición –el comunista fue ilegalizado inmediatamente después del golpe de estado, y marginado de estas negociaciones–, entre ellos los auténticos Tony de Varona y el ex presidente Grau, Raúl Chibás, líder del Partido Ortodoxo, José R. Andreu del Partido Demócrata, Amalio Fiallo del Movimiento de Liberación Radical y José Pardo Llada del emergente Partido Nacionalista Revolucionario (PNR), respondieron positivamente a la llamada del SAR para un «Diálogo Cívico» e incluso en diciembre de 1955 lograron formar un efímero frente opositor legal. Pero Batista, como pronto se pudo comprobar, no estaba dispuesto a realizar ninguna concesión, y finalmente canceló las

44.- Citado por Nydia Sarabia: *Antecedentes de la lucha de liberación en Cuba, 1955-1956. Apuntes para una historia de la Revolución Cubana*, inédito, pp. 24-25.

conversaciones con la oposición (13 de febrero de 1956), que terminaron en un estruendoso fracaso ante la intransigencia del régimen.⁴⁵

En ese contexto, se conoció que la oposición al dictador también se extendía a sectores militares –vinculados a los partidos tradicionales–, pues Batista había reincorporado al Ejército a muchos de sus viejos compañeros de armas en la asonada de septiembre de 1933 pasados a retiro durante los gobiernos auténticos iniciados en 1944. El 3 de abril de 1956 fue abortada la primera de las conspiraciones militares –por su lealtad a la Constitución los involucrados fueron llamados «los puros»–, encabezada por el coronel Ramón Barquín y en la que figuraban el comandante Enrique Borbonet y el teniente José Ramón Fernández, junto a una decena de oficiales. Como el propio Barquín declaró en el Consejo de Guerra Sumarísimo, «nos proponíamos nombrar un presidente provisional, que fuera apolítico, para que convocara elecciones».⁴⁶ Durante la represión que este complot trajo aparejado, unos cuatro mil soldados y oficiales fueron sacados del Ejército, o cambiados de destino. Barquín fue condenado a seis años de cárcel, y los demás involucrados a penas algo menores.

45.- Más detalles en Jorge Renato Ibarra Guitart: *La SAR: dictadura, mediación y revolución*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1994.

46.- En «Conspiración del 3 de abril», *Bohemia*, 15 de abril de 1956, pp. 63 y 64. Citado por Nydia Sarabia, *op. cit.*, p.79.

INICIO DE LA REVOLUCIÓN:
LA LUCHA INSURRECCIONAL
(1953-1958)

ANTE LA PASIVIDAD DE LOS PARTIDOS TRADICIONALES frente a la dictadura, se alzó desde muy temprano la alternativa de la lucha armada para derrocar el régimen batistiano e impulsar una solución radical a los grandes problemas de la sociedad cubana. Ya desde el mismo golpe de estado del 10 de marzo de 1952, se hicieron sentir con particular energía las protestas juveniles, que dirigía la Federación Estudiantil Universitaria (FEU), que incluso ocasionaron la muerte a un alumno de la Universidad de La Habana.

Una de las primeras organizaciones que se vertebró para luchar contra la dictadura fue el Movimiento Nacional Revolucionario (MNR), fundado el 20 de mayo de 1952 en un salón de la Universidad de La Habana por el ortodoxo Rafael García Bárcena –quien por su condición de profesor de filosofía en el campamento militar de Columbia tenía vínculos con algunos oficiales del Ejército–, y en el cual participaban jóvenes como Mario Llerena, Armando Hart, Faustino Pérez y Enrique Oltuski. En sus documentos, esta agrupación anunciaba su objetivo de alcanzar «un sistema social completamente justo, basado en la conciliación entre capital y trabajo,

ricos y pobres».47 EL MNR planeaba con 46 hombres ocupar Columbia, la mayor guarnición militar de la isla, pero la conspiración abortó el 5 abril de 1953 y su principal dirigente sería condenado después a dos años de prisión.

Otra organización del mismo corte fue Acción Libertadora, dirigida por Justo Carrillo, que comenzó a vertebrarse desde julio de 1952 con el respaldo del periodista aprista Enrique de la Osa y el economista Rufo López Fresquet. Como ha señalado Mario Mencia, estas dos organizaciones –el MNR y la Acción Libertadora–, junto a la Triple A de Sánchez Arango, «se emparentarían en dos rasgos comunes aunque con matices de diferencias: su máxima dirección la ostentarían representantes de la denominada generación del treinta y dependerían de la participación de militares en activo para la ejecución de sus planes estratégicos».48

El asalto al Moncada y la creación del Movimiento 26 de Julio

En definitiva, fue un abogado casi desconocido de 26 años, Fidel Castro –que aspiraba a representante a la Cámara por el Partido Ortodoxo en las elecciones que debieron celebrarse en 1952–, el encargado de iniciar la insurrección popular contra la dictadura. Con un nutrido grupo de jóvenes –encabezados por Abel Santamaría, José Luis Tasende, Renato Guitart y

47.- Citado por Lionel Martin: *El joven Fidel. Los orígenes de su ideología comunista*, Grijalbo, Barcelona, 1982, p. 125. En su programa se incluía la participación de los trabajadores en la ganancia de las empresas, reforma agraria y la emancipación económica del país de todo tutelaje extranjero.

48.- Mario Mencia: *El grito del Moncada, op. cit.*, t. I, p. 183. Se ha llamado «generación del treinta» a la que luchó contra la dictadura de Gerardo Machado y consiguió su derrocamiento en agosto de 1933.

Pedro Miret–, casi todos trabajadores asalariados o desempleados de origen humilde, entrenados clandestinamente, atacó el 26 de julio de 1953 las fortalezas de Bayamo y Santiago de Cuba, esta última considerada la segunda de la isla.

Fracasado el asalto al cuartel Moncada de Santiago de Cuba, el centenar de hombres guiado personalmente por Fidel Castro, tras un breve combate, debió retirarse. Con un pequeño grupo de sus seguidores, el jefe revolucionario se replegó hacia las estribaciones de la Sierra Maestra, mientras más de cincuenta asaltantes que fueron capturados, o que se entregaron después del ataque, resultaron salvajemente asesinados por el Ejército, que sólo reportó en sus filas 11 muertos y 22 heridos. La presión de la opinión pública y la oportuna movilización de la prensa y las autoridades eclesiásticas salvaron la vida del resto de los revolucionarios, entre los cuales se encontraba el propio Fidel y su hermano Raúl Castro.

Desde el 21 de septiembre de 1953, fueron juzgados en el Tribunal de Urgencia de Santiago de Cuba 122 prisioneros, muchos de ellos sin vínculos con los sucesos del Moncada. Fidel Castro, condenado a quince años de prisión –Raúl Castro fue sentenciado a trece años y los demás asaltantes a penas que oscilaban entre tres y diez años de cárcel–, dio a conocer desde el reclusorio su famoso alegato de defensa titulado *La historia me absolverá*, devenido desde ese momento en el programa de la Revolución.

Este documento, de objetivos democráticos, sociales y nacionalistas, se convertiría en la base para concretar un amplio frente antidictatorial. Para Lionel Martin con este texto:

Castro adelanta un programa limitado de las reformas, programa que hubiera tenido como respuesta una colisión frontal con la elite cubana en el poder y los inversionistas norteamericanos. Al extender el pleno derecho de los campesinos a ser propietarios de toda finca de menos de 5 caballerías (67 hectáreas) trabajada por ellos [...] se aseguraba a los trabajadores de todas las grandes empresas una participación en sus beneficios del

orden del 30% [...] se estaba abriendo un claro conflicto con los intereses de los capitalistas autóctonos y extranjeros.⁴⁹

Las medidas propuestas por Fidel Castro incluían la expropiación de todos los bienes adquiridos fraudulentamente durante los gobiernos corruptos de Batista, Grau y Prío. En *La historia me absolverá* se hablaba también de la necesidad de una reforma agraria y de la nacionalización de los monopolios norteamericanos que controlaban la electricidad y los teléfonos. Para el propio Martin:

El alegato auto defensivo de Castro era una punzante condena a todo el sistema socioeconómico cubano en bloque. Castro habla de la gran carga social del paro, de la tragedia en el campo de la vivienda, de la ausencia de una política de salud pública, de la mísera condición de los campesinos y de la omnipotencia de los más grandes terratenientes.⁵⁰

Casi dos años después del asalto al Moncada, Fidel Castro y sus compañeros salieron de la cárcel (15 de mayo de 1955), favorecidos por una amnistía general dictada por el Gobierno de Batista –promulgada curiosamente el mismo día en que se daba a conocer en la *Gaceta Oficial* la creación del Buró para la Represión de las Actividades del Comunismo (BRAC)– para intentar legitimar la reciente farsa electoral que había convalidado la dictadura en noviembre de 1954. Muy pronto se vieron obligados a marchar al exilio ante el asfixiante clima represivo existente en Cuba –el 9 de junio, por ejemplo, fue asesinado Jorge Agostini, un ex oficial de la Marina vinculado a la Triple A–. Así, el propio líder del Moncada, al considerar que se le habían «cerrado al pueblo todas las puertas de la

49.- Martin, *op. cit.*, pp. 157-159. Véase también de Fidel Castro: *La historia me absolverá*, Editora Política, La Habana, 1964.

50.- *Ibid.*

51.- Citado por Nydia Sarabia, *op. cit.*, p. 29.

lucha cívica»,⁵¹ viajó a México (7 de julio) para organizar una expedición armada contra la dictadura.

Antes de partir, Fidel Castro dejó organizados a los sobrevivientes del Moncada y a nuevos partidarios en el Movimiento 26 de Julio (M-26-7). Entre estos últimos se encontraban algunos de los jóvenes vinculados al frustrado movimiento de García Bárcena y los agrupados por Frank País en Santiago de Cuba en la Acción Revolucionaria Oriental (ARO) –redenominada Acción Revolucionaria Nacional (ANR) al extender sus bases a la provincia de Camagüey–, entre ellos José Tey, Otto Parellada y René Ramos Latour. Entre los primeros dirigentes del M-26-7 –que todavía se consideraba el aparato revolucionario del chibasismo, esto es, del Partido Ortodoxo–, figuraban, además de Fidel y Raúl Castro, Pedro Miret, Jesús Montané, Armando Hart, Melba Hernández, Haydeé Santamaría, Antonio, *Ñico*, López y Faustino Pérez.

El primer manifiesto de la nueva organización fue dado a conocer en México el 8 de agosto de ese año. Denominado *Manifiesto Número 1 del Movimiento 26 de Julio al Pueblo de Cuba*, es considerado por Lionel Martin «un documento aún más radical que *La Historia me Absolverá*»,⁵² aunque se basaba en los mismos puntos del alegato de Fidel Castro en el juicio del Moncada. Prueba de ello es que en una de sus partes señalaba:

A los que acusan a la revolución de perturbar la economía del país, les respondemos: para los guajiros [campesinos] que no tienen tierra no existe economía, para el millón de cubanos que están sin trabajo no existe economía, para los obreros ferrocarrileros, portuarios, azucareros, henequeneros, textiles, autobuseros y otros tantos a quienes Batista ha rebajado sus salarios despiadadamente no existe economía, y solo existirá para todos ellos mediante una revolución justiciera que

52.- Martin, *op. cit.*, p. 188.

repartirá la tierra, movilizará las inmensas riquezas del país y nivelará las condiciones sociales poniendo coto al privilegio y la explotación.⁵³

También hacía «un llamado sin ambages a la revolución»,⁵⁴ y entre sus propuestas incluía la reforma agraria, una reducción de impuestos, el restablecimiento de derechos laborales, la participación de obreros y empleados en ganancias de las empresas, la industrialización del país, un amplio programa de construcción de viviendas y rebaja de sus alquileres, la nacionalización de servicios básicos, el desarrollo de la educación y la cultura, la reforma al sistema judicial y la confiscación de bienes malversados.

Fidel Castro y Juan Manuel Márquez, una figura de reciente incorporación al M-26-7 procedente también de las filas del Partido Ortodoxo, hicieron una intensa campaña de recaudación de recursos para financiar la futura expedición, fundamentalmente por Estados Unidos. En cada sitio que visitaban fundaban clubes patrióticos, como en Nueva York, New Jersey, Bridgeport (Connecticut), Miami, Tampa, Cayo Hueso. Estas células quedaban bajo la dirección de un Comité del Exilio, que fue presidido hasta junio de 1958 por Mario Llerena y después por Luis Buch. Fue durante ese recorrido proselitista, el 30 de octubre de 1955, en Nueva York, cuando Fidel Castro declaró por primera vez: «Puedo informarles con toda responsabilidad que en el año 1956 seremos libres o seremos mártires».⁵⁵

53.- Citado por Nydia Sarabia, *op. cit.*, p. 29.

54.- Incluido en el anexo documental de Nydia Sarabia, *ibid.*, pp. 9-10.

55.- Vicente Cubillas: «Mitin opositor en Nueva York», *Bohemia*, 6 de noviembre de 1955, p. 60. Citado por Nydia Sarabia, *op. cit.*, p. 40.

Fundación del directorio revolucionario y ataque al Goicuría por la organización auténtica

En forma casi paralela, otro movimiento opositor, el Directorio Revolucionario (DR), constituido el 24 de febrero de 1956 por jóvenes pertenecientes a la Federación Estudiantil Universitaria (FEU), se sumaba a la lucha armada contra la dictadura de Batista. El 31 de agosto de 1956, los líderes del M-26-7 y el Directorio, Fidel Castro y José Antonio Echeverría respectivamente, firmaban un pacto conocido como Carta de México. Aunque ambas organizaciones tenían diferentes concepciones de lucha, pues la primera preferenciaba la actividad guerrillera y la segunda las acciones armadas en las ciudades, en el acuerdo, que tenía diecinueve puntos, decidían coordinar sus acciones con el «propósito de derrocar la tiranía y llevar a cabo la Revolución cubana».⁵⁶

El 27 de octubre de 1956, un comando del Directorio Revolucionario (DR), formado por José Machado, Juan Pedro Carbó Serviá y Rolando Cubela, eliminó al jefe del Servicio de Inteligencia Militar (SIM), coronel Antonio Blanco Rico, en el cabaret Montmartre de la ciudad de La Habana. En la represión posterior desatada por el régimen, al irrumpir la Policía en la embajada de Haití donde se habían refugiado jóvenes revolucionarios de otras organizaciones, cayó abatido Rafael Salas Cañizares, jefe de ese cuerpo batistiano.

Entre los muertos en el tiroteo en la representación haitiana se encontraban participantes en el fracasado asalto al cuartel Goicuría, que se había producido unos meses atrás, el 29 de abril de 1956. Esta operación era obra de un grupo de 76 seguidores del ex presidente Prío, encabezados por Reynold García, miembro de la Organización Auténtica (OA). El

56.- Citado por Nydia Sarabia, *op. cit.*, p. 100.

ataque a esta guarnición, la principal fortaleza en la provincia de Matanzas, había sido un desastre, pues el comando fue sorprendido y sus integrantes masacrados.

El desembarco del *Granma*

Unos meses después de estos sucesos, que expresaban el aumento de la oposición armada a Batista, el 25 de noviembre de 1956 salió de México en el yate *Granma* la expedición organizada por Fidel Castro. La integran 82 hombres –entre ellos el médico argentino Ernesto Guevara–, entrenados en territorio mexicano por Alberto Bayo, un ex oficial de la República española, todos determinados a reanudar la lucha contra la dictadura batistiana. El arribo a la isla debía coincidir con la sublevación de la ciudad de Santiago de Cuba organizada por Frank País, nombrado «jefe nacional de acción» del M-26-7, quien en dos ocasiones había viajado a México para coordinar el levantamiento. Pero la sorpresiva rebelión de Santiago de Cuba se produjo el 30 de noviembre, dos días antes del desembarco del *Granma*. Tampoco tuvo suerte el grupo organizado por Celia Sánchez para esperar a los expedicionarios en la costa sur de la provincia de Oriente y facilitarles el desembarco.

La falta de sincronía y la persecución gubernamental llevaron a la dispersión de los expedicionarios tras el inesperado combate de Alegría de Pío (5 de diciembre); muchos de estos fueron asesinados por el Ejército, entre ellos Juan Manuel Márquez, el segundo jefe de la expedición del *Granma*. De los 22 sobrevivientes, solo 12 lograron inicialmente alcanzar la Sierra Maestra –entre ellos Fidel y Raúl Castro, Camilo Cienfuegos, Faustino Pérez, Efigenio Amejeiras, Juan Almeida, Ciro Redondo y el Che Guevara–, gracias a la ayuda de los campesinos Crescencio Pérez y Guillermo García, previamente alertados por Celia Sánchez.

A pesar de los duros reveses y la exigua tropa, la guerrilla poco a poco se fue consolidando en la Sierra Maestra con la incorporación de nuevos combatientes y gracias al apoyo de la población campesina más pobre, en gran medida constituida por *precaristas*, refugiados en el macizo montañoso.⁵⁷ El 17 de enero de 1957 el naciente Ejército Rebelde –formado por 18 expedicionarios y 14 campesinos mal armados– realizaba sus primeras acciones al atacar con éxito el pequeño cuartel de La Plata e imponerse, cinco días después, en el encuentro de Llanos del Infierno.

Al mes de estos combates, y cuando el régimen batistiano negaba la existencia de guerrillas en la Sierra Maestra, un afamado periodista del *New York Times*, Herbert L. Matthews –que había hecho entrevistas a Stalin, Churchill, Hitler, Mussolini y Roosevelt–, daba a conocer un reportaje sobre la reunión sostenida con Fidel Castro el 17 de febrero de 1957. La publicación de la entrevista de Matthews realizada en las intrincadas montañas orientales fue una efectiva propaganda en favor de los rebeldes, así como ocurriría posteriormente con los reportajes fílmicos de otros dos periodistas norteamericanos –Robert Taber y un camarógrafo– transmitidos por la cadena de televisión Columbia Broadcasting System (CBS) de Estados Unidos.

Avance y reveses de la lucha armada en 1957

Entretanto, en la ciudad de La Habana, el 13 de marzo de 1957, el Directorio Revolucionario fracasaba al intentar ejecutar a Batista en el propio Palacio Presidencial. La acción, en

57.- El grueso de los *precaristas* estaba establecido en la provincia de Oriente y carecía de documento alguno sobre la tierra que trabajaba; así, eran fáciles víctimas del desalojo y otros atropellos.

la que participaron unos cincuenta combatientes, en su mayoría jóvenes estudiantes universitarios, fue dirigida militarmente por Carlos Gutiérrez Menoyo y Menelao Mora, vinculados a la Organización Auténtica (OA), quienes murieron en el intento junto con otros 26 asaltantes. Al salir de la toma de una estación de radio, donde simultáneamente se daba a conocer la noticia de la supuesta muerte de Batista, cayó en combate con la Policía en un costado de la Universidad de La Habana la máxima figura del Directorio, José Antonio Echeverría, también presidente de la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU).

En la represión desatada en los días siguientes por el Gobierno, fueron asesinadas no solo la mayor parte de la dirección del Directorio Revolucionario –Fructuoso Rodríguez, Joe Westbrook, Juan Pedro Carbó Servía y José Machado (20 de abril)–, sino incluso figuras políticas sin vínculos con la acción armada, como el presidente del Partido Ortodoxo, Pelayo Cuervo. Los dirigentes sobrevivientes del Directorio Revolucionario, entre ellos Faure Chomón, Julio García Olivera, René Anillo y Enrique Rodríguez Loeches, debieron abandonar el país.

Otro grupo opositor perteneciente a la Organización Auténtica (OA), seguidor de Prío, intentó repetir la epopeya del *Granma* en el yate *Corinthya*, procedente de Estados Unidos, que desembarcó el 19 de mayo de 1957 por la bahía de Cabónico al norte de la provincia de Oriente. Los 27 hombres de la expedición se vieron sorprendidos por el ejército unos días después, y 16 de ellos fueron asesinados, incluido el propio jefe Calixto Sánchez White.

Mientras el Directorio y la Organización Auténtica sufrían estos duros reveses, las fuerzas comandadas por Fidel Castro en la Sierra Maestra conseguían nuevas victorias. El 28 de mayo de 1957, las guerrillas del M-26-7 se anotaban otro significativo triunfo en el combate de El Uvero. El 27 de julio, el naciente Ejército Rebelde atacó también con éxito el cuartel

ubicado en la fábrica de azúcar Estrada Palma, aunque tres días después caía asesinado Frank País en Santiago de Cuba. Su entierro devino en una protesta popular que paralizó durante varias horas la capital de la provincia de Oriente.

En el segundo semestre de 1957, el Ejército Rebelde, ya organizado en dos columnas –una comandada por Ernesto Che Guevara y la otra por el propio Fidel Castro–, se impuso en los combates de Bueycito (1 de agosto), Palma Mocha (20 de agosto), El Hombrito (29 de agosto), Pino del Agua (17 de septiembre), Mar Verde (29 de noviembre), El Salto (6 de diciembre) y Altos de Conrado (8 de diciembre). Según un informe del coronel del ejército gubernamental Ugalde Carriello, fechado el 13 de octubre de ese año:

Los rebeldes están utilizando la técnica de combate de la guerra de guerrillas, empleando sistema de emboscadas, infiltraciones, golpes de manos, aunque generalmente no presentan combates, si no tienen a su favor un porcentaje de ventajas, se mantienen a la defensiva moviéndose constantemente de un lugar a otro.⁵⁸

Otra prueba de la beligerancia que iba adquiriendo el Ejército Rebelde fue la firma en plena Sierra Maestra de un importante documento entre Fidel Castro y dos relevantes personalidades políticas nacionales: Raúl Chibás –que estaba otra vez al frente del Partido Ortodoxo, tras el asesinato de Pelayo Cuervo por la policía batistiana– y Felipe Pazos, ex presidente del Banco Nacional de Cuba durante el Gobierno de Prío. El *Manifiesto de la Sierra Maestra*, fechado el 12 de julio de 1957, era un llamamiento a todos los partidos políti-

58.- Tomado de Andrés Castillo Bernal: *Cuando esta guerra se acabe. (De las montañas al llano)*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2000, p. 85.

cos de la oposición, las instituciones cívicas y las organizaciones revolucionarias a unirse en la lucha contra Batista.

Este texto, que en materia económico social era algo impreciso –solo aludía a que el futuro gobierno debía sentar las bases para una reforma agraria–, también proponía que las denominadas «instituciones cívicas» –colegios profesionales, entidades económicas y sociales, banqueros, comerciantes y plantadores de caña de azúcar (llamados en Cuba colonos)– designaran al presidente provisional del futuro gobierno revolucionario en armas. No obstante el carácter moderado del *Manifiesto de la Sierra Maestra*, su importancia radicó en la adhesión a la línea insurreccional de dos conocidas figuras nacionales, que de hecho daban su espaldarazo al M-26-7. Como afirmó el propio Raúl Chibás: «después de la muerte de Pelayo Cuervo, yo me dije [...] vamos a quitarnos la careta y vamos a decir públicamente que la solución es una solución insurreccional y vamos a darle este respaldo».⁵⁹

En esa coyuntura, el 5 de septiembre de 1957, estalló una sublevación de marinos en la base naval de Cienfuegos (Cayo Loco), como parte de un complot que incluía otras importantes guarniciones del país –que al final no se levantaron–, y que fue fraguado en coordinación con el M-26-7, cuya importancia y prestigio como principal movimiento armado revolucionario seguía en ascenso. La rebelión, dirigida por un grupo de oficiales jóvenes de la Marina de guerra encabezados por el alférez Dionisio San Román –que había estado vinculado a la conspiración de Barquín–, permitió la ocupación de la ciudad de Cienfuegos por varias horas, aunque fue aplastada con un indiscriminado bombardeo del Ejército y la Aviación que se saldó con centenares de muertos y heridos civiles.

59.- Raúl Chibas. *Entrevista de Tad Szulc*, Miami, 20-23 de octubre de 1984, inédita, p. 99.

El 1 de noviembre de 1957, como muestra de la creciente oposición a la dictadura de Batista, se firmó entre varias organizaciones el llamado «Pacto de Miami» o acuerdo para la creación de la Junta de Liberación Cubana. Rubricaron el texto, entre otros, los partidos Ortodoxo (Roberto Agramonte y Manuel Bisbé), Auténtico (Carlos Prío, Carlos Hevia y Tony Varona), el Directorio Revolucionario (Faure Chomón), el Directorio Obrero Revolucionario (organización dirigida por el sindicalista Ángel Cofiño) y la FEU (Carlos Prendes). En el programa unitario acordado, elaborado por Prío y Pazos, se preveía la formación de un gobierno provisional para impulsar la lucha para derrocar la dictadura de Batista. Sin conocimiento de su dirección, el documento fue firmado también a nombre del M-26-7 por el propio Felipe Pazos –a pesar de que no pertenecía a esta agrupación–, Jorge Sotús y Lester Rodríguez, encandilados con la promesa de Prío de entregar armas para la lucha contra Batista.

Descontento con el Pacto de Miami, al que consideraba una maniobra de la vieja politiquería, Fidel Castro desautorizó a los firmantes por el M-26-7 y redactó una misiva pública el 14 de diciembre de 1957 en la que se desmarcaba del acuerdo. Como acertadamente ha evaluado Fernando Mires:

la carta desmentía que se hubiese firmado una declaración conjunta con el Partido Revolucionario Cubano, el Partido del Pueblo Cubano, el Directorio Revolucionario, el Directorio Obrero Revolucionario y la Federación Estudiantil Universitaria. La razón por la cual el 26 no suscribía tal declaración era que allí se habían violado principios expuestos en el *Manifiesto de la Sierra*, como por ejemplo el referente a la no injerencia extranjera en los asuntos cubanos. Con ello, el 26 pasaba a ser la primera organización que daba un sentido antiimperialista a la *cuestión nacional*. Igualmente el 26 volvía a rechazar con fuerza la posibilidad de que después de la caída de Batista se estableciera una junta militar.⁶⁰

60.- Mires, *op. cit.*, p. 310.

Para contrarrestar el Pacto de Miami, el M-26-7 escogió a mediados de diciembre de ese mismo año como su candidato a la presidencia de la República al prestigioso magistrado de la Audiencia de Santiago de Cuba Manuel Urrutia Lleó, quien durante el juicio por los sucesos del 30 de noviembre de 1956 había emitido un voto particular donde reconocía la legitimidad de los revolucionarios frente a la tiranía, lo que le había traído represalias del Gobierno y una temprana jubilación. Según Darushenko:

Con la postulación de Manuel Urrutia para el cargo de Presidente, la burguesía obtuvo alguna garantía en cuanto a la posibilidad de que la revolución se desarrollara sin que implicara un peligro para sus intereses. Esto mismo pudiera decirse en relación con el imperialismo norteamericano.⁶¹

El auge guerrillero y la política norteamericana

A principios de 1958, el Ejército Rebelde, cuyo número seguía incrementándose con la incorporación de miembros del M-26-7 y de campesinos de la zona, continuaba sus triunfos en la provincia de Oriente. El 16 de enero se impuso en Veguitas y entre el 16 y 17 de febrero en Pino del Agua, esta última considerada por su envergadura una verdadera batalla, lo que le permitió al Ejército Rebelde consolidar un área liberada en las estribaciones de la Sierra Maestra. En esta zona se fue organizando una sólida base logística que llegaría a tener hasta una emisora de radio, inaugurada el 24 de febrero de 1958, mientras se obtenían nuevas victorias como la del combate de Estrada Palma (6 de marzo). Para el historiador cubano Castillo Bernal: «A partir de este momento, las tropas

61.- Darushenkov, *op. cit.*, pp. 172-173.

guerrilleras comenzaron a combatir de acuerdo con los principios rectores de la guerra de movimiento, adquiriendo las características de una fuerza semi regular». ⁶²

Casi simultáneamente, una columna de unos setenta hombres, al mando del comandante Raúl Castro, establecía el II Frente Oriental en la zona nordeste de la provincia de Oriente, mientras el comandante Juan Almeida, con 55 guerrilleros, inauguraba el III Frente en la región cercana a Santiago de Cuba. Por su parte el comandante Camilo Cienfuegos incursionaba exitosamente en los llanos del río Cauto y en las cercanías de Bayamo, y el Che Guevara extendía sus operaciones con otra columna al este del pico Turquino. El control de la columna 1 de Fidel Castro, en conjunción con la guiada por el comandante Crescencio Pérez, ya era amplio sobre la Sierra Maestra. En la ciudad de La Habana, entre tanto, se producía una importante acción el 23 de febrero de 1958, cuando un comando del M-26-7 secuestraba al afamado automovilista argentino Juan Manuel Fangio, quien pretendía participar en una competición deportiva convocada por Batista.

En las primeras semanas de 1958 habían comenzado a operar en la región central de la isla, en la provincia de Las Villas, otros grupos guerrilleros. Uno de ellos fue organizado por el Directorio Revolucionario 13 de Marzo, comandado ahora por Faure Chomón, su secretario general, llegado a Cuba el 8 de febrero a bordo del yate *Scapade*. De esa expedición, integrada por 14 personas, también formaban parte Rolando Cubela, Alberto Mora, Tony Santiago, José Alberto, *Pepín*, Naranjo y Julio García Olivera. Tras desembarcar en la bahía de Nuevitas, al norte de la provincia de Camagüey, se trasladaron por grupos a las montañas del Escambray, al sur de la provincia central de Las Villas, mientras otros seguían hacia La Habana para impulsar la lucha clandestina urbana.

62.- Castillo Bernal, *op. cit.*, p. 125.

En la sierra del Escambray ya existían unos cuarenta guerrilleros comandados por Eloy Gutiérrez Menoyo –integrado al Directorio Revolucionario tras la muerte de su hermano en el ataque al Palacio Presidencial y nombrado «jefe de acción» de esta organización–, Jesús Carreras y el norteamericano William A. Morgan. Pero los caminos de los combatientes ya establecidos y los recién llegados pronto se separaron, terminando por vertebrar dos organizaciones completamente independientes, ante la inclinación de Menoyo –que formó el II Frente Nacional del Escambray– a aliarse con los auténticos y el ex presidente Prío a través de Aurelio Nazario Sargent. En la propia sierra del Escambray operó también un minúsculo destacamento de la Organización Auténtica (OA).

El 25 de febrero de 1958 la dirección del Directorio Revolucionario 13 de Marzo publicó el *Programa del Escambray*, que llamaba a la creación de un amplio frente para luchar contra la dictadura de Batista. Unos meses después, el 15 de junio de 1958, Chomón daba a conocer su alocución *La fórmula de la unidad*, y en julio un programa de objetivos que incluía la «libertad política (democracia), la independencia económica (nacionalismo) y la justicia social (socialismo)».⁶³ Ya el 13 de agosto tropas del Directorio Revolucionario 13 de Marzo, comandadas por Cubela, atacaron el cuartel de Güinía de Miranda y dos meses después ocuparon durante varias horas los poblados de Placetas y Fomento, en territorio de la provincia de Las Villas, e interrumpieron la circulación por la carretera central.

También a principios de 1958, Estados Unidos decidió, presionado por la opinión pública, adoptar medidas contra el cada vez más desprestigiado régimen de Batista. Con ese fin, el 26 de marzo de 1958, el Gobierno norteamericano decidió

63.- Darushenkov, *op. cit.*, p. 182.

imponerle un embargo de armas, pretextando la violación del Acuerdo de Asistencia Mutua Militar que impedía utilizar los recursos entregados para la «defensa continental» en la represión interna.

El verdadero propósito de la disposición era presionar a Batista para que hiciera concesiones a la oposición burguesa y buscara una salida electoral que impidiera un triunfo revolucionario. La medida no implicaba el retiro de las misiones militares norteamericanas, y solo abarcaba las armas donadas a través del programa de Asistencia Militar, por lo que no afectaba a la adquisición selectiva, aunque obligó al dictador a comprar pertrechos en Gran Bretaña, Bélgica, Israel y República Dominicana, entre otras fuentes. Como ha señalado correctamente Paterson: «Estados Unidos no podía encontrar en ese momento una tercera alternativa satisfactoria entre Batista y Castro. Las elecciones parecían el único curso de acción disponible».⁶⁴

Fracaso de la huelga de abril

La impresionante cadena de victorias conseguidas por el Ejército Rebelde en los primeros meses de 1958 fue detenida momentáneamente por el fracaso de la huelga general convocada el 9 de abril de 1958 por el M-26-7. Desde fines de 1957 se venía preparando un gran paro nacional que debía precipitar la caída del Gobierno, por lo que el 12 de marzo de 1958 Fidel Castro, jefe del Ejército Rebelde, y Faustino Pérez, delegado de la Dirección Nacional del M-26-7, firmaron en la Sierra Maestra el llamamiento a la huelga general revolucionaria como parte de la guerra total contra la dictadura de Batista.

64.- Paterson, *op. cit.*, p. 132.

Con este objetivo la Sección Obrera de este movimiento, encabezada por David Salvador, había venido organizando el Frente Obrero Nacional (FON).

Pero la huelga del 9 de abril no tuvo éxito, sobre todo en La Habana. La política sectaria de David Salvador, que evitó coordinar acciones con otras organizaciones, y en especial con el sector obrero influido por los comunistas, junto a otros factores, la debilitaron. Para Mires ello demostraba que el M-26-7 todavía «no era ni el partido ni la conducción política de los trabajadores cubanos. Por cierto, contaba con el apoyo y simpatía de vastos sectores de obreros, pero seguía siendo un movimiento ajeno a esa clase».⁶⁵

En La Habana, la organización del 26 fue duramente golpeada y casi desarticulada, por lo que el centro de gravedad de la Revolución se trasladó completamente a la Sierra Maestra, pues Fidel Castro pasaría desde entonces a ostentar la máxima jefatura política y militar. Ello se validó en la reunión de la Dirección Nacional del M-26-7 en Altos de Mompié, en plena Sierra Maestra, efectuada el 3 y 4 de mayo de 1958, con la participación del propio Fidel Castro, René Ramos Latour, Faustino Pérez, Marcelo Fernández, Vilma Espín, Haydeé Santamaría, David Salvador, Níco Torres, Celia Sánchez y Luis Buch, así como del Che Guevara, quien todavía no pertenecía al alto mando del movimiento.

En la importante reunión se criticaron los errores de la huelga de abril y se unificó en la Sierra Maestra la dirección política y militar del 26, al que se le creaba un comité ejecutivo con Fidel Castro de secretario general y comandante en jefe. Además se ratificó a Urrutia como el candidato a la presidencia provisional, mientras Haydeé Santamaría era designada tesorera del 26 y se mantenía a Marcelo Fernández

65.- Mires, *op. cit.*, p. 312.

como coordinador. Faustino Pérez y David Salvador, principales responsables del fracaso de la huelga del 9 de abril, fueron sustituidos en sus cargos.⁶⁶

Derrota de la ofensiva batistiana

El duro revés que significó la fallida huelga de abril trajo otras consecuencias, entre ellas la de endurecer al régimen de Batista, como ya preveía el embajador norteamericano en La Habana Smith en comunicación al Departamento de Estado:

Tengo la impresión de que Batista va a ser menos receptivo ahora que antes a las sugerencias de liberalización de su régimen, aunque nuestras relaciones continúan siendo completamente cordiales y amistosas». ⁶⁷

En efecto, tras el fracaso de la huelga de abril se iniciaría el 24 de mayo de 1958 la ofensiva militar de Batista contra la Sierra Maestra, denominada Plan FF (Fin de Fidel o Fase Final).

Veinte días después, como parte de la puesta en marcha de este plan ofensivo gubernamental, que preveía la movilización de 12.000 efectivos –14 batallones de infantería y 7 compañías independientes–, comenzó la batalla por llegar a la comandancia de La Plata en plena Sierra Maestra, que obligó a las fuerzas guerrilleras –estimadas en poco más de 300 hombres– a retroceder ante el empuje del batallón los «livianos» del teniente coronel Ángel Sánchez Mosquera, muy superior en número y armamento. Además, el 9 de junio

66.- La terminación de la reunión casi coincidió con la llegada a la Sierra Maestra del primer envío de armas procedentes de Costa Rica, gracias al apoyo del presidente José Figueres. En la aeronave, conducida por Pedro Luis Díaz Lanz, también arribaron Pedro Miret y Hubert Matos. La versión de este último en *Como llegó la noche. Memorias*, Tusquets, Barcelona, 2002, pp. 75 y ss.

67.- Citado por Alzugaray: *La política de Estados Unidos...*, op. cit., p. 57.

desembarcaba por la costa, conducido por el comandante José Quevedo, otro batallón batistiano, que unos días después consiguió penetrar profundamente en la Sierra en persecución de los rebeldes.

Pero entre los días 25 y 30 de junio, en la batalla de Santo Domingo, el Ejército Rebelde emboscó a las fuerzas enemigas de Sánchez Mosquera, logrando detener su ofensiva, lo que significó el viraje de las operaciones militares que tenían lugar en el teatro de la Sierra Maestra. Sin duda el encuentro más importante fue el que tuvo lugar entre los días 11 y 21 de julio en la batalla del Jigüe, un sitio ubicado a 10 kilómetros del pico Turquino, donde las tropas batistianas sufrieron un gran descalabro cuando el batallón 18 del Ejército, comandado por Quevedo, se rindió íntegramente a la columna 1 de Fidel Castro.

A continuación, del 25 al 28 de julio de 1958, se extendió la segunda batalla de Santo Domingo –el jefe de las tropas sitiadas, Sánchez Mosquera, debió retirar sus fuerzas y él mismo fue evacuado herido–, a la que siguió unos días después la de Las Mercedes (30 de julio al 6 de agosto), que significó la derrota definitiva de la ofensiva de verano de Batista. Las bajas del Ejército sumaban más del 10% de los efectivos gubernamentales, creándose las condiciones para volver a extender la guerra fuera de los marcos de la Sierra Maestra. Como resultado de la derrota, entre julio y agosto el Ejército Rebelde entregó a la Cruz Roja unos 400 prisioneros.⁶⁸

Primeros incidentes con Estados Unidos

Entretanto, la flexibilización en el suministro de armas por Estados Unidos provocó un grave incidente que estuvo a punto de complicar la guerra. Ello fue originado por la orden

68.- Abreu, *op. cit.*, p. 204.

de Raúl Castro, emitida el 22 de junio de 1958, conocida como Operación Antiaérea, de capturar a un grupo de norteamericanos –47 ciudadanos de Estados Unidos y 3 de Canadá–, en protesta por los indiscriminados bombardeos de las fuerzas batistianas contra la población civil. El propósito era que fueran testigos de lo que hacía el Gobierno con los armamentos suministrados por Estados Unidos desde la base de Guantánamo. La detención de los norteamericanos abrió inesperadamente la posibilidad de una intervención estadounidense directa, alternativa que valoraron los altos mandos militares en Washington.

No obstante, el incidente, resuelto con la evacuación progresiva de los norteamericanos –completada el 18 de julio–, sirvió para informar al mundo sobre la situación en la isla. Para Paterson:

Quedó demostrado que el Gobierno cubano no podía proteger a los extranjeros. Ni La Habana tenía otra opción que la de permitir a Estados Unidos negociar con los enemigos del régimen. La crisis de los secuestros llamó la atención sobre las entregas de armamento, dañando las pretensiones de neutralidad de Estados Unidos. Aunque probablemente Raúl Castro no se enteró en ese momento, la crisis de los secuestros también forzó a Washington a suspender la entrega de los aviones T-28.⁶⁹

Otro problema de los rebeldes con Estados Unidos surgió poco después, cuando el Gobierno de Batista, al parecer para provocar la intervención norteamericana, retiró la guarnición militar que custodiaba el acueducto de Yateras, desde donde se abastecía la base naval de Guantánamo. La zona fue ocupada por los marines, lo que fue de inmediato rechazado por Fidel Castro –y también por el recién creado Frente Cívico Revolucionario, como comunicó Miró Cardona, su coordina-

69.- Paterson, *op. cit.*, p. 173.

dor, al propio Departamento de Estado–, quien dio garantías para mantener el suministro de agua a la base estadounidense. El 1 de agosto los marines se retiraron y las tropas de Batista volvieron a ocupar Yateras.

La unidad contra la dictadura

La creación del mencionado Frente Cívico Revolucionario había sido uno de los resultados del Pacto de Caracas, firmado en Venezuela el 20 de julio de 1958 por Tony de Varona a nombre del Partido Auténtico, Manuel Bisbé por el Partido Ortodoxo, Ángel María Santos Buch y Armando Lora por el Movimiento de Resistencia Cívica –que en diciembre de 1958 ingresaría al M-26-7–, Omar Fernández y José Puente Blanco por la FEU, Primitivo Lima por el Directorio Revolucionario 13 de Marzo –quien objetó que el llamamiento a la unidad fuera hecho unilateralmente por el M-26-7 y no conjuntamente con su organización–, Oscar Alvarado por la Organización Auténtica, Francisco Pividal, Oscar Villa, Juan José Díaz, Sergio Rojas y Manuel Piedra por la Sección Venezuela del M-26-7 y Luis Buch como coordinador general del Comité del Exilio de esta misma agrupación.

El documento base del Pacto de Caracas, confeccionado por Fidel Castro y firmado por once partidos y organizaciones políticas, contenía dos aspectos fundamentales: la aceptación de la insurrección armada como estrategia de lucha contra la dictadura, que todos apoyarían hasta conducir a una huelga general que permitiera el triunfo de la Revolución; y el establecimiento a la caída de Batista de un gobierno provisional que castigaría a los criminales de guerra y garantizaría mejoras económicas, sociales e institucionales para crear en breve plazo un clima democrático y constitucional en el país. Como ha señalado Mires, el Pacto de Caracas era una obra

maestra de conciliación de heterogéneas fuerzas opositoras que de hecho se plegaban a la estrategia del M-26-7:

El talento político de Fidel Castro se manifestaría sobre todo en la política de alianzas llevada a cabo antes de la toma del poder. Interesante es destacar que cuanto más fuerte era el 26 más flexible era su posición con relación a las alianzas.⁷⁰

A la declaración de unidad se adhirieron también el auténtico Lincoln Rodón por el Partido Demócrata, el capitán Gabino Rodríguez por el Movimiento 4 de abril, Justo Carrillo por la Agrupación Montecristi –heredera de Acción Libertadora– y Miró Cardona por el conjunto de instituciones cívicas, quien posteriormente fue designado, como ya se dijo, coordinador del Frente Cívico Revolucionario. La Agrupación Montecristi de Justo Carrillo y el Directorio Revolucionario 13 de Marzo no estuvieron de acuerdo en la reunión constitutiva con la designación de Urrutia como presidente provisional, aunque posteriormente se aceptó en otra reunión en Miami, con el voto en contra de la última de estas dos organizaciones.

Por su parte, el Partido Socialista Popular (PSP), cuyo secretario general (Blas Roca) se hallaba en el exilio y era conducido dentro del país por Aníbal Escalante, no se adhirió al Pacto de Caracas, pues según Luis Buch:

Ellos aún sostenían una táctica y una estrategia políticas que no implicaban la lucha armada contra la tiranía. Creían que era posible encontrar alguna fórmula de arreglo político de la cri-

70.- Mires, *op. cit.*, p. 313. Más adelante el propio autor añade: «La política de alianzas –primero dentro del propio 26, en seguida entre estas y otras organizaciones insurreccionales gemelas como el Directorio, después con partidos como el Ortodoxo y el Auténtico, con sectores del ya derrotado ejército, con los comunistas, los sindicatos, con los campesinos, etc. – pertenece, según nuestra opinión, a esas obras de arte que producen revoluciones y que a su vez son producidas por estas» (p. 315).

sis. No es que no suscribieran el Pacto de Caracas porque se opusieran; es que no participaron del proceso de unidad.⁷¹

La posición asumida por el PSP estaba en consonancia con su tradicional política de «lucha de masas», que lo había llevado a condenar lo que consideraba acciones armadas «aventureras». Tras el ataque al cuartel Moncada por Fidel Castro, el PSP había dado a conocer una declaración donde repudiaba el «método putschista peculiar a todas las facciones políticas burguesas».⁷² Según el propio Luis Buch:

Los comunistas mantenían una actitud de rechazo a la estrategia de lucha armada que desarrollaba el Movimiento 26 de Julio, y en esa posición se mantuvieron firmes casi hasta el final de la guerra. Su táctica política no era correcta. Eso explica mucho que la organización que arrastra al pueblo a la lucha y que es determinante en la victoria sea el Movimiento 26 de Julio y no el Partido Socialista Popular.⁷³

A pesar de ello, después del Pacto de Caracas y la reunión de Altos de Mompié, se pudo advertir una creciente presencia de militantes del PSP en el Ejército Rebelde, particularmente en el II Frente comandado por Raúl Castro –quien había pertenecido a la Juventud Socialista–, como los jóvenes comunistas Jorge Risquet y Antonio Pérez Herrero y el dirigente campesino José, *Pepe*, Ramírez. Hoy se sabe que el primer contacto oficial entre Fidel Castro y el PSP en la Sierra Maes-

71.- En Reinaldo Suárez: *Un insurreccional en dos épocas con Antonio Gúiteras y con Fidel Castro*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2001, p. 168. El PSP, a través de Severo Aguirre, envió un documento firmado por Blas Roca y Juan Marinello, sus máximos dirigentes, donde planteaban la posibilidad de una solución negociada con Batista, lo que fue rechazado por los firmantes del Pacto. Tampoco se incorporaron los partidarios de Grau y los ortodoxos electoralistas de Márquez Sterling.

72.- Publicada por el *Daily Worker*, Nueva York, 5 de agosto de 1953. Véase Martin, *op. cit.*, p. 166.

73.- En Reinaldo Suárez, *op. cit.*, p. 98.

tra tuvo lugar a fines de 1957 a través del líder obrero Ursinio Rojas, aunque en México, poco antes de la salida del *Granma*, ya se había producido una entrevista con otro representante de los comunistas cubanos (Flavio Bravo). Además, en el verano de 1958 un alto dirigente del PSP, Carlos Rafael Rodríguez, subió a la Sierra Maestra y desde entonces esta organización se alió en la práctica con el M-26-7 en la lucha final contra Batista.

Invasión al occidente de Camilo Cienfuegos y Che Guevara

Tras la derrota de la ofensiva militar gubernamental, Fidel Castro decidió invadir el resto de la isla. Para ello envió a fines de agosto dos columnas guerrilleras: una integrada por 80 hombres, comandados por Camilo Cienfuegos, con la intención de llegar al extremo occidental (Pinar del Río); y la otra, compuesta de 140 combatientes y a las órdenes de Che Guevara, que debería hacerse fuerte en la provincia central de Las Villas. Casi paralelamente otros destacamentos guerrilleros comenzaban a operar en varias direcciones –como los comandados por Efigenio Amejeiras, Guillermo García, René de los Santos, Hubert Matos y Delio Gómez Ochoa, este último designado en la jefatura del IV Frente Oriental–, mientras surgían brotes guerrilleros en todas las provincias del país. El combate más significativo de esta etapa fue el que tuvo lugar en Paraná el 26 de septiembre.

Las dos columnas avanzadas del Ejército Rebelde, comandadas por Che Guevara y Camilo Cienfuegos, tras recorrer pantanos y llanuras sorteando el hostigamiento enemigo y en muy adversas condiciones climáticas, alcanzaron el centro de la isla a principios de octubre de 1958. A la llegada de la columna del Che al Escambray, donde se le unieron las tropas del M-26-7 organizadas allí por Víctor Bordón, la guerra se recrudeció en esa zona, de lo que fue muestra la captura del

cuartel enemigo de Güinía de Miranda (26 de octubre), mientras los combatientes del Directorio Revolucionario 13 de marzo ocupaban el poblado de Condado.

En el Escambray las fuerzas del Che firmaron un acuerdo de unidad con las guerrillas del Directorio comandadas por Faure Chomón y Rolando Cubela –Pacto del Pedrero del 1 de diciembre de 1958–, pues con las del II Frente de Gutiérrez Menoyo se presentaron problemas de jurisdicción y sectarismo, aunque finalmente se lograría también un tácito acuerdo con estas fuerzas para que ellas operaran por la costa sur y las del 26 por el norte. A Camilo Cienfuegos, por su parte, se le ordenó el 14 de octubre permanecer operando en la zona central y detener por el momento su avance hacia Pinar del Río. En Las Villas se puso bajo sus órdenes el destacamento guerrillero que al mando de Félix Torres operaba en aquella zona y que respondía al PSP.

Maniobras norteamericanas ante el inminente triunfo rebelde

Después de la firma del Pacto de Caracas y hasta las elecciones amañadas de noviembre de 1958, la política de Estados Unidos hacia Cuba se caracterizó por la vacilante búsqueda de una fórmula que evitara el triunfo de la Revolución, pues como reconocía un documento del propio Departamento de Estado norteamericano:

Se debe dar una seria consideración a cursos alternativos de acción que no han sido tomados en cuenta hasta ahora, con el objetivo de resolver la situación cubana antes de que Castro se haga tan fuerte que pueda dictar el tipo de gobierno que mande cuando eventualmente se produzca el desenlace.⁷⁴

74.- Tomado de Alzugaray: *La política de Estados Unidos...*, *op. cit.*, p. 70.

Ello era una evidencia de que a esa altura de los acontecimientos ya el máximo jefe del M-26-7 era el verdadero conductor de la contienda contra Batista, tal como ha reconocido Pérez-Stable, pues «una férrea voluntad, el azar y el talento habían hecho de Fidel Castro el líder indiscutido de la insurrección nacional».75 De ahí la visita a la Sierra Maestra de periodistas cubanos como Agustín Alles de la revista *Bohemia*, Eduardo Hernández, *Guayo*, de *Noticuba* y José Ramón González Regueral del *Noticuario Nacional* e incluso de un miembro del Congreso de la República, el representante liberal Eladio Ramírez León.

El 3 de noviembre de 1958, pese a la intensidad de la guerra, Batista llevó a cabo elecciones en las que contó con la complicidad de los auténticos que respondían al anciano ex presidente Grau, un sector de los ortodoxos agrupados en el Partido del Pueblo Libre de Carlos Márquez Sterling, los miembros del Partido de Unión Cubana de Alberto Salas Amaro, ex vocero del régimen batistiano, y los integrantes del Partido Nacional Revolucionario de José Pardo Llada, aunque esta última agrupación se disolvió el día antes de los comicios y su jefe terminó «exiliándose» en la Sierra Maestra.⁷⁶

Sin ningún escrúpulo, uno de los candidatos derrotados, el ex presidente Grau San Martín, declaró: «Ha sido igual que en 1954. En aquella ocasión me retiré de la lucha por estimar que no había garantías suficientes, pero ahora no lo hice porque había otros candidatos y la retirada habría sido inútil. Todo ha sido una farsa».77 Hasta Estados Unidos tuvo dificultad para reconocer los resultados de la votación arreglada de

75.- Pérez-Stable, *op. cit.*, p. 106.

76.- Véase su relato *Memorias de la Sierra Maestra*, Tierra Nueva, La Habana, 1960.

77.- Citado por Jorge Renato Ibarra Guitart: *El fracaso de los moderados en Cuba. Las alternativas reformistas de 1957 a 1958*, Editora Política, La Habana, 2000, pp. 318-319.

antemano y al presidente electo Andrés Rivero Agüero, un testaferro de Batista, quien debía tomar posesión el 24 de febrero de 1959. El propio embajador norteamericano en La Habana, Earl Smith, escribió que: «Los resultados de las elecciones indicaban que no serían aceptables para el pueblo».78

La desprestigiada farsa electoral y el ya previsible triunfo de la insurrección obligaron al Departamento de Estado a enviar extraoficialmente a La Habana al financiero William D. Pawley, ex embajador de Estados Unidos en Perú y Brasil y amigo personal del presidente Dwight D. Eisenhower. El mensajero instó a Batista, el 9 de diciembre de 1958, a «capitular ante un gobierno de transición que le era hostil a él, pero que era satisfactorio para nosotros, y al que podríamos reconocer inmediatamente, además de prestarle ayuda militar con el fin de que Fidel Castro no accediera al poder».79

El objetivo era acelerar la salida de Batista y su sustitución por una junta cívico militar –entre los nombres que se barajaron para integrarla estaban el coronel Ramón Barquín, el general Martín Díaz Tamayo, el comandante Enrique Borbonet, el general Eulogio Cantillo y José, *Pepín*, Bosch, dueño de la empresa Bacardí– que bloqueara el acceso al poder del movimiento revolucionario y convocara elecciones en dieciocho meses. A cambio Batista y sus colaboradores encontrarían asilo en La Florida y no se tomarían represalias contra ellos. A pesar de la situación desesperada en la que ya se encontraba, el dictador no aceptó la propuesta.

Pocos días después, el 17 de diciembre, el embajador Smith sostuvo su última entrevista con Batista donde, muy a su pesar, le comunicó que ya Estados Unidos no lo respalda-

78.- Earl E. T. Smith: *El cuarto piso. Relato sobre la revolución comunista de Castro*, Corripio, Santo Domingo, 1983, p. 158.

79.- Citado por Moya Pons, *op. cit.*, p. 166.

ba y que se cancelaba la oferta de otorgarle refugio si renunciaba, pues:

El Departamento [de Estado] ha llegado a la conclusión de que cualquier solución en Cuba requiere que Batista abandone el poder ya sea como Jefe de Estado o como la autoridad detrás de un sucesor títere. Probablemente también debería abandonar el país. Muchos cubanos responsables comparten este punto de vista. Está claro que el departamento no quiere ver el acceso de Castro a la dirección del gobierno.⁸⁰

La huida de Batista

A esa altura la ofensiva revolucionaria, iniciada el 12 de noviembre, era ya imparable ante la generalizada desmoralización enemiga, cuando el Ejército Rebelde sobrepasaba los tres mil hombres. El 30 de noviembre, el propio Fidel Castro se imponía con su columna en la batalla de Guisa. Unos pocos días después, el 7 de diciembre, en un avión enviado por el Gobierno de Venezuela con armas, entregadas por orden del almirante Wolfgang Larrazábal, llegó al territorio liberado en Oriente Manuel Urrutia, acompañado de Luis Orlando Rodríguez, Luis Buch y el dominicano Enrique Jiménez. El 18 de diciembre, en La Rinconada, se llevó a cabo una reunión ampliada de la dirección del M-26-7 con el propósito de ir conformando el nuevo gobierno revolucionario presidido por Urrutia, que debería tomar posesión en Baire el 24 de febrero de 1959.

Simultáneamente los rebeldes se anotaban una serie de victorias. El 7 de diciembre capturaron en la provincia oriental el

80.- Documento enviado al presidente Eisenhower el 23 de diciembre de 1958. En Alzugaray: *La política de Estados Unidos...*, *op. cit.*, p. 97.

poblado de La Maya; el 9, Baire; el 20 de ese mes, Caimanera; el 23, Cueto; el 24, Sagua de Tánamo y Cayo Mambí; y el 28, Baracoa y Palma Soriano, mientras quedaban sitiadas otras importantes urbes. Por otro lado, en el centro de la isla, los rebeldes se apoderaban el 18 de diciembre de los pueblos de Fomento y Meneses; el 21 de ese mes, de Zulueta; el 22, de Placetas; el 23, de Sancti Spíritus; el 26, de Remedios; y el 28 empezaba la lucha por Santa Clara, mientras Camilo Cienfuegos ocupaba Yaguajay, al que tenía cercado desde el 19 de diciembre.

Sin duda el punto culminante de la ofensiva rebelde se consiguió con la liberación por la columna del Che de la ciudad de Santa Clara, capital de la provincia central, así como por el sitio de Santiago de Cuba y Guantánamo establecido por las fuerzas de Fidel y Raúl Castro. El triunfo en Las Villas fue facilitado por el descarrilamiento de un tren blindado, que transportaba 400 hombres a las órdenes del coronel Florentino Rosell Leyva, enviado apresuradamente desde La Habana (23 de diciembre) para contener a los rebeldes, victoria que proporcionó a las fuerzas antidictatoriales el más formidable botín de armamentos de toda la guerra.

Desde el 22 de diciembre, el jefe del Estado Mayor Conjunto de Batista —jefatura suprema de todas las instituciones armadas creada en 1958—, general Francisco Tabernilla Dolz, había informado en una reunión de los altos mandos militares «que consideraba perdida nuestra causa»,⁸¹ por lo que era necesario negociar con el Ejército Rebelde. Aunque en su versión de estos acontecimientos Batista ha señalado que estas conversaciones se hicieron a sus espaldas, para Luis Buch «La actuación posterior de Cantillo no dejó lugar a dudas de que la solicitud había sido hecha con la anuencia de Batista».⁸²

81.- Tomado de Castillo Bernal, *op. cit.*, p. 335.

82.- Luis M. Buch Rodríguez: *Gobierno Revolucionario Cubano: génesis y primeros pasos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1999, p. 32.

Prueba de ello es que una semana antes de la huida de Batista, el propio general Tabernilla Dolz se entrevistó con el embajador norteamericano Smith para comunicarle el plan de formar una junta militar e impedir el triunfo de la Revolución. Según relata el diplomático en sus memorias: «El general Tabernilla quería dar escolta a Batista para que saliera de Cuba. No debería parecer que Batista se iba como fugitivo, sino que la junta lo obligaba a irse».⁸³

En concordancia con estos planes, el 28 de diciembre, en las ruinas de una abandonada fábrica de azúcar, se produjo la entrevista del general Eulogio Cantillo, jefe de operaciones del Ejército, con Fidel Castro, en la que se acordó que los militares se sublevarían contra Batista el 30 de diciembre e impedirían un golpe de estado y la fuga del dictador. Como parte del acuerdo, el inminente ataque rebelde a Santiago de Cuba se aplazaría al concederse una tregua hasta el día 31.

Cantillo incumplió todo lo pactado con Fidel Castro. El 1 de enero de 1959, en horas de la madrugada, este general –nombrado por Batista antes de huir jefe supremo de todas las fuerzas armadas– no solo permitió la fuga del dictador y los principales personeros del régimen –entre ellos Anselmo Alliegro y Gastón Godoy, presidentes respectivos del Senado y la Cámara–, sino que en contubernio con la embajada de Estados Unidos nombró presidente provisional a Carlos M. Piedra, el juez más antiguo del Tribunal Supremo. Pero este magistrado nunca pudo ocupar el cargo, al no conseguir el quórum requerido de ese mismo órgano para que le tomara el juramento de rigor.⁸⁴

83.- Smith, *op. cit.*, p. 179.

84.- Un documentado relato de estos acontecimientos en Abreu, *op. cit.*, pp. 229-265.

En respuesta a la maniobra golpista de Cantillo, Fidel Castro lo desconoció, exigió la rendición incondicional de todas las fuerzas batistianas y convocó por radio a una huelga general nacional. En esas circunstancias, los planes fraguados apresuradamente por el alto mando militar y la embajada norteamericana para impedir el triunfo indiscutido de las fuerzas revolucionarias, se esfumaron debido a la paralización total del país. Ante el ultimátum rebelde, el coronel José M. Rego Rubido, jefe de la guarnición de Santiago de Cuba, aceptó pasarse al Ejército Rebelde con los 5.000 hombres acantonados en la ciudad. Esta oportuna acción evitó una sangrienta batalla por Santiago de Cuba y contribuyó a frustrar el golpe de Cantillo en La Habana.

Prácticamente sin asidero, fracasada la maniobra de crear una junta o un gobierno provisional en la capital, al general Cantillo no le quedó más remedio en horas de la tarde del 1 de enero que entregar el mando al coronel Barquín, liberado previamente de su prisión en Isla de Pinos. Aunque este oficial también intentó mantener un control independiente del ejército gubernamental –nombró a sus antiguos compañeros de la conspiración de los «puros» en los principales mandos militares, ofreciendo a Fidel Castro el gobierno–, pronto comprobó que tampoco tenía posibilidad de éxito, por lo que traspasó su jefatura a Camilo Cienfuegos, quien siguiendo instrucciones se había presentado con su columna invasora en el campamento de Columbia. Simultáneamente, las tropas del comandante Che Guevara ocupaban la fortaleza de La Cabaña.

Mientras estos acontecimientos tenían lugar en La Habana, ese mismo día en Santiago de Cuba se constituía el Gobierno revolucionario presidido por Manuel Urrutia, que de inmediato designó a Fidel Castro al frente de todas las fuerzas armadas de la República. Sobre su decisivo papel para lograr este desenlace tan favorable a sus fuerzas se ha señalado: «Audaz en su campaña militar y efectivo por sus habilidades políticas, persuasivo e imponente al hablar en

público, Fidel Castro se había convertido en el líder del futuro. De forma un tanto inesperada, el poder había pasado a manos de una nueva generación de cubanos». ⁸⁵

85.- Moya Pons, *op. cit.*, p. 168.